BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE la conquista DEL ESPACIO

LA CARCEL AZUL

glenn parrish

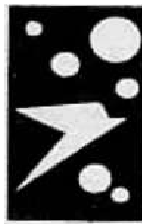
CIENCIA FICCION



GLENN PARRISH

LA
CARCEL
AZUL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.°
224
Publicación semanal Aparece lo»
VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA ■ BOGOTA ■ BUENOS AIRES - CARACAS • MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 42.082 • 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre. 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona • 1974

CAPÍTULO PRIMERO

La culpa fue de la luz. Había mucha en un sitio y muy poca en otro. Además, el foco productor estaba, aunque no voluntariamente, situado en un lugar estratégico.

Peter *Crash* Allen había bebido bastante. Empezaba a odiar aquel género de vida. Y empezaba a odiar también a su prometida, la hija del riquísimo Fergus Ferguson, de Ferguson, Ferguson, Smith y Cía., constructores de cualquier máquina o herramienta que se pudiera fabricar de cualquier metal.

Annie, la hija de Fergus Ferguson, era insoportable. Había crecido oyendo la palabra dinero por todas partes —y lo que no se sabía si era mejor o peor—, tocando sus consecuencias prácticas todos los minutos de sus veintidós años de vida, lo que la había convertido en una chica insoportable. Bonita, pero insoportable.

Por eso se había dado Allen aquella noche a la bebida. Annie se había encaprichado de él, quería convertirlo en su marido, y el señor Ferguson, que nunca tenía un no para su mujer y su hija, le había ordenado que se convirtiese en su yerno. Así hacía siempre las cosas Fergus Ferguson: cuando quería algo, daba una orden. Lo mismo le daba que fuese un sillón de último modelo, que un abrigo de pieles para su esposa…, que un marido para su hija.

En aquella casa, quien se llamaba Ferguson, si quería algo, no tenía más que pedirlo.

Y como pagaban muy bien, no había quien se resistiera.

Pero Allen se resistía a pasar a formar parte de las propiedades de los riquísimos Ferguson, aunque fuese en calidad de marido de la hija y, naturalmente, yerno de los padres. Annie le gustaba mucho: era hermosa, atractiva y simpática, pero la educación recibida en un ambiente donde, en lugar de oxígeno, se respiraba polvo de oro, había dejado una profunda huella en su espíritu.

Y Allen no quería convertirse en un mueble bípedo y andante, propiedad de los Ferguson. Había insinuado algo a la chica sobre una posible vida independiente, pero ella había rechazado de plano todas las proposiciones hechas al respecto.

En resumen, Allen quería romper el compromiso y huir de aquella atmósfera agobiante —e hipócrita—, pero no sabía cómo hacerlo.

Por eso se había dado a la bebida aquella noche, en una de las innumerables fiestas que daban los Ferguson, con motivo de… Bueno, ya había olvidado el motivo, y no le importaba mucho.

Por eso estaba en aquella habitación, amplia y espaciosa, en donde la luz entraba por un lado de un modo peculiar.

Una de las invitadas, la atractiva señora Evans, estaba apoyada,

ligeramente echada hacia atrás, aunque en pie, sobre una consola baja, en cuyo borde tenía apoyadas ambas manos. Allen entró, le dirigió una cortés sonrisa y empezó a servirse una nueva copa.

Para ello tuvo que inclinarse hacia adelante. La luz que entraba por la puerta proyectaba dos sombras en la pared del fondo.

Dadas las posiciones respectivas de ambos —aunque en realidad había más de tres metros de separación—, parecía como si Allen se inclinase amorosamente sobre la señora Evans. Vistas las sombras, claro.

Y eso fue lo que vio Annie Ferguson, e inmediatamente se armó el jaleo.

—¡Sátiro! ¡Desvergonzado! ¡Hacerme eso con una de mis amigas! —gritó Annie, descompuesta.

Laura Evans se escabulló; no quería verse metida en líos. Allen y Annie quedaron solos, y no precisamente dedicados a las efusiones de una pareja próxima a contraer matrimonio. Annie tenía unos pulmones muy bien dotados y gritaba a más y mejor, excitándose cada vez más.

Entonces fue cuando, casi loca de furor, divisó la botella azul.

Era un adorno de vidrio, muy bonito, de unos sesenta centímetros de alto, y con algunas filigranas en la parte más gruesa, rematada en un esférico tapón de casi diez centímetros de diámetro. Annie agarró la botella y se la arrojó al que ya consideraba ex prometido.

—¡Toma, canalla! —gritó.

La botella voló por los aires hacia Allen. Pero si Annie la había lanzado con fuerza, no lo había hecho, en cambio, con la debida puntería.

Entonces fue cuando Allen oyó, dentro de su cerebro, una vocecita angustiosa:

—¡Cógeme, pronto!

Allen saltó lateralmente, como un portero de fútbol, estirando los brazos en forma adecuada. En aquellos momentos, con la mente todavía nublada por los vapores del alcohol, se vio a sí mismo moviéndose a cámara lenta, como las repeticiones de ciertas escenas en la transmisión en directo de algún espectáculo deportivo. Saltó, estiró las manos y atrapó la botella.

—Gracias —dijo la vocecita—. Uf, creí que me iba a romper yo también…

De momento, Allen no hizo el menor caso de la voz. Recobró el equilibrio y se quedó mirando estúpidamente hacia la puerta, por la que ya desaparecía Annie, taconeando vivamente.

Allen estuvo así unos segundos, abrazado a la botella azul. De repente comprendió lo que había pasado, y lanzó un sonoro grito de

alegría:

—¡Viva! |Soy un hombre libre!

Giró sobre sus talones y, aunque con paso todavía no muy seguro, se dirigió hacia la salida.

Un camarero pasaba por su lado, con una bandeja repleta de copas.

—Permítame —dijo Allen.

—Sí, señor —accedió el hombre.

Allen agarró una copa y la despachó de un trago. El camarero empezaba ya a alejarse, pero no lo hizo sin que Allen se quedara con la segunda copa en la mano libre.

Luego, dando saltitos de alegría, se dirigió hacia la puerta.

Y se llevaba la botella azul.

* * *

Cuando llegó a su casa, una acogedora residencia de una sola planta, rodeada de un pequeño jardín, Allen flotaba entre nubes. En su mente había una sola idea.

Estaba libre. Ya no tendría que casarse con la despótica Annie Ferguson. Ahora haría su santa voluntad.

Y si un día se casaba...

—Eh, oiga, ¿por qué no quita el tapón de la botella?

Allen miró asombrado a su alrededor.

—¿Quién está ahí? —gritó.

—Yo. Vamos, hombre, abra.

Allen dio una vuelta completa sobre sí mismo. Se quedó quieto, pero la sala continuó girando alrededor de él.

—¡Oh, qué mareado estoy! —gimió—. He pescado una buena...

—Pero, ¿no me va a librar de mi cárcel de vidrio?

De pronto, sonaron unos leves golpecitos, un tintineo musical muy agradable. Alguien golpeaba un trozo de vidrio muy fino.

—Estoy aquí, dentro de la botella, hombre. Míreme bien y podrá verme.

Allen se agachó. ¿Había una botella o eran dos?

Dentro del recipiente se movía algo. Parecía una mujer, muy pequeña, pero también muy bonita. En todo caso, el ser no medía más de veinte centímetros de altura.

Estaba en pie, erguida, golpeando su cárcel de cristal azul con los puñitos. Allen cerró los ojos un instante, mientras sacudía la cabeza, como para alejar de sí aquella visión que creía producto del *delirium tremens.*

Abrió los ojos nuevamente. Ella estaba allí todavía.

—Por favor —suplicó, a la vez que ponía cara de lástima.

Allen se encogió de hombros. «Estoy soñando. Mañana despertaré en un diván y me reiré mucho de este sueño», pensó.

Agarró el tapón con una mano y el largo y delgado cuello de la botella con la otra. Hizo girar el primero media vuelta y tiró hacia arriba.

Empezó a salir humo. El gas se transformó a los pocos segundos en una hermosísima joven, de grandes y rasgados ojos negros y frondosa cabellera oscura, que caía en abundantes ondas por su espalda desnuda.

—Hola —dijo ella.

—¡Atiza! Como en los cuentos de *Las mil y una noches* —exclamó Allen.

—¿Qué está diciendo?

Allen se fue hacia el aparador de los licores.

—La última copa —masculló

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la chica, cuya única vestimenta, aparte de la frondosa cabellera, era un «dos piezas» de tejido de oro.

—Peter Allen, pero todos me llaman Crash —contestó él, sin volverse, seguro de que estaba dormido y soñando.

—Crash... Me gusta el nombre.

—Rompía muchas cosas cuando era niño. Por eso me pusieron ese apodo.

—No lo entiendo, pero es igual. Yo soy Frydia, de T-Kmon.

Allen se volvió hacia la chica.

—¿Frydia... con F o Ph? —preguntó.

—¿Qué diferencia hay, Crash?

—La grafía. Pero es lo mismo. ¿De dónde ha dicho que viene? ¿O es su apellido?

—No, T-Kmon es el lugar de origen...

—¿Te-Kimón?

—No, no, no... T-Kmon...

Allen despachó la última copa y cayó hacia atrás en uno de los dos divanes que había en la sala.

—Muy bien, Frydia de T-Kmon, bue... buenas noches...

Ella le miró, perpleja y desconcertada. De pronto, Allen se sentó en el diván.

—Oye, tú estabas dentro de la botella.

—Sí.

—Por tanto, eres un genio. Me debes obediencia y tienes que darme todo lo que yo te pida.

—Hombre...

—Nada, nada, no discutas. Eres mi servidora, y debes acatar mis órdenes. Quiero inmediatamente una bolsa llena de monedas de oro.

—Muy bien, ahí la tienes.

La bolsa, bastante grande, voló por los aires y fue a caer en el regazo de Allen, quien aflojó los cordones en el acto. Metió la mano, sacó un puñado de monedas y las lanzó a lo alto.

—Tengo un genio que me obedece… Tengo un genio que…

Riendo casi enloquecidamente, cayó hacia atrás y se quedó dormido como un tronco.

CAPÍTULO II

Cuando despertó, sentía un horroroso dolor de cabeza. Casi a gatas, fue al baño, se quitó las ropas y se metió bajo la ducha fría.

Al cabo de unos minutos, se sintió algo mejor.

—Anoche pesqué una buena —se dijo, mientras hacía pasar dos tabletas de aspirina a través de su garganta.

Una vez seco, se dijo que le convenía un par de litros de café más que otra cosa. Con una toalla enrollada a la cintura y descalzo, salió del baño, fue a la cocina, puso agua a calentar, echó café y se dirigió al dormitorio para vestirse.

—¿Por qué me emborraché? —se preguntó, en tanto se ponía ropas limpias.

Cuando terminó de vestirse, fue a la cocina. Conectó la radio distraídamente.

Un locutor dijo:

—Los trabajos de perforación del mayor pozo conocido en la historia del planeta prosiguen, si bien con ciertas dificultades. Uno de nuestros redactores se ha entrevistado con el profesor Penwirth, director de la expedición Tierra Centrum, quien ha declarado haberse alcanzado ya la cota de los ciento treinta y siete kilómetros ***hacia abajo***...

—¡Buaaahhh...! —alguien bostezó en la puerta—. Eso que huelo, ¿es café?

—Sí —contestó Allen.

Un segundo después, se volvía con la rapidez del rayo.

—Pero ¿qué diablos hace usted aquí? —preguntó a la chica del pelo negro y el bikini de oro.

—Estoy en su casa. Soy su sierva —contestó Frydia.

Allen se pasó una mano por la frente.

—Oiga, yo soñé anoche...

—Tú no has soñado nada, Crash —sonrió la chica—. Todo lo que te pasó fue absolutamente real.

De pronto, los recuerdos afluyeron a la mente del joven.

—¡Dios mío! Usted..., tú... estabas dentro de una botella azul...

—Sí, que alguien te arrojó a la cabeza y que tú agarraste antes de que se rompiera contra el suelo. Pasé unos momentos horribles, créeme, temiendo morir al choque...

—Pero... estabas dentro de la botella...

—Oye, ¿cuánto mides tú? —preguntó Frydia.

—Pues... un metro y ochenta y seis centímetros...

—¿Y pesas...?

—Ochenta kilos, más o menos.

—Bueno, entonces, imagínate que estás dentro de una botella de cuatro o cinco metros de altura y que alguien te lanza a treinta metros de distancia. ¿Te imaginas lo que sucedería cuando la botella cayese al

suelo?

—Hombre, nada bueno, por supuesto.

—Pues eso mismo temía yo. Por suerte, tú agarraste la botella al vuelo. —Frydia sonrió hechiceramente—. ¿No te sientes contento de tenerme contigo?

Allen meneó la cabeza.

—Alguien puso una droga en mi última copa —rezongó.

El café hervía ya. Allen retiró la cafetera y llenó dos tazas, todavía lleno de desconcierto por la presencia de aquella hermosa muchacha en su casa. Luego preparó un plato con pastas.

—No tengo otra cosa, por el momento.

Los ojos de Frydia relucieron de placer.

—Suficiente —dijo, a la vez que se llevaba la primera pasta a la boca.

* * *

—De modo que vienes de T-Kmon.

—Sí. Está a noventa y dos años luz de este planeta, según vuestras medidas. Pero hay alguien a quien no le agrada mi presencia en la Tierra. Por eso me metió en la botella —dijo Frydia, muy seria.

—Ya —rezongó él, sarcàstico—. ¿Cómo te metió? ¿A presión... o simplemente te lo ordenó?

—Me narcotizó. Luego redujo mi tamaño y cerró la botella con el tapón de los setenta y dos sellos de Ix-Jhur. Esos setenta y dos sellos me impedían salir, ¿comprendes?

—Lógico. Pero ahora ya estás libre. ¿Qué vas a hacer, Frydia?

—¡Evitar que la Tierra se abra por la mitad!

Estaban sentados frente a frente, separados por la mesa de la cocina. Allen miró fijamente a la chica.

«Pobre ilusa», pensó.

—¡No estoy loca! —chilló ella—. Si no lo evito, este planeta se rajara en dos partes, que se separarán lentamente en el espacio, después de horribles destrucciones. Luego, esas dos mitades se irán partiendo en trozos más pequeños y...

—Está bien, está bien, no te excites. Evitaremos que la Tierra se parta en dos, como una sandía madura. ¡Demonios! —exclamó él de pronto—. Lo había olvidado. Soy un hombre libre.

—¿Libre? —repitió Frydia—. ¿Por qué?

—Mi prometida rompió anoche el compromiso. No sé por qué, ni me importa...

De pronto, a través de la ventana, vio a un hombre hurgando en el interior de su coche, estacionado frente a la casa.

—¡Eh, quieren robarme el auto! —gritó.

Se puso en pie y salió disparado, cruzando el jardín en décimas de segundo. El hombre se hallaba ya tras el volante y había puesto en marcha el motor.

—¿Qué, le gustan los automóviles ajenos? —preguntó Allen, sarcàsticamente.

El hombre le miró con frialdad.

—Este coche pertenece a la señorita Annie Ferguson, quien me ha pedido se lo lleve a su casa —manifestó—. ¿Tiene algo que objetar, señor Allen?

El joven se quedó de piedra.

—De modo que ella me lo regaló…, pero no con la documentación a mi nombre —murmuró.

—Eso no es cuenta mía. —El individuo miró de pronto hacia la puerta de la casa—. Y ahora comprendo por qué la señorita Annie le ha despedido. Bien mirado, tiene usted un gusto exquisito, señor Allen.

El coche arrancó bruscamente, mientras Allen se volvía, perplejo y desconcertado.

Frydia estaba en la puerta de la casa.

—¿No podías ponerte otras ropas menos… conspicuas? —gruñó él, cuando estuvo nuevamente a su altura.

—Pero ¿cómo? ¿No te gusto así?

Allen elevó sus brazos al cielo.

—Me libré de una complicación, pero creo que he caído en otra infinitamente peor —clamó.

Entró en la casa. Entonces fue cuando vio las monedas de oro esparcidas en el suelo.

—Eh, ¿quién ha tirado eso ahí?

—Tú, anoche, cuando te di la bolsa de monedas de oro que me habías pedido —contestó Frydia.

Allen se inclinó y recogió una de las monedas. Era gruesa, casi un centímetro, de diez de diámetro y tenía forma exagonal, aunque con los vértices ligeramente redondeados. Tanto en el anverso como en el reverso había unos dibujos muy extraños, cuyo significado no supo comprender.

—Sí, me pediste una bolsa llena de monedas —dijo ella—, pero no las he fabricado; las traje conmigo, junto con mi bolsa de herramientas.

Allen se volvió hacia la chica.

—A ver si va a resultar que es cierto que has venido de…

—T-Kmon, a noventa y dos años luz de la Tierra —completó Frydia la frase inconclusa del dueño de la casa.

Allen se pasó una mano por la frente.

—Necesito otra taza de café —gimió.

Ahora empezaba a darse cuenta de que no padecía una pesadilla, que todo lo que le estaba ocurriendo era auténtico y real.

Frydia le miró con simpatía.

—Sí, soy de carne y hueso —dijo.

Allen se fue hacia la cocina y llenó una taza de café. Al cabo de unos momentos se sintió algo mejor.

—Frydia, tú has hablado de un peligro gravísimo para el planeta —dijo por fin.

—Sí, es cierto.

—¿Se puede evitar?

—Para eso estoy yo aquí. Pero me localizaron y me metieron dentro de la botella...

Los ojos de Allen fueron hacia la botella, que continuaba en su sitio.

—Horrible —murmuró.

—La suerte de una persona no importa, cuando lo que está en juego es nada menos que la supervivencia de cinco mil millones de seres —dijo Frydia—. Eso, en la Tierra; en T-Kmon, las consecuencias podrían ser más catastróficas todavía.

—¿Por qué?

—Si se cumpliesen los planes de nuestros enemigos, T-Kmon sería arrancado de su órbita y vagaría por el espacio negro y helado, convertido en féretro de doce mil millones de seres humanos.

—Me tiemblan las piernas —confesó Allen.

Frydia sonrió.

—Pero creo que tú y yo podríamos evitarlo —dijo.

—¿Cómo? —Allen no estaba seguro de no seguir todavía bajo los influjos de la borrachera de la noche anterior. Pero Frydia era muy hermosa y persuasiva.

—Tenemos que buscar, en primer lugar, a...

Algo le interrumpió bruscamente.

—Perdona, llaman a la puerta —dijo Allen.

Atravesó la sala y abrió.

—Hola —dijo el nombre que estaba en el umbral—. ¿Dónde está?

—¿Yo?

—Usted, no, pedazo de tonto. A usted lo tengo delante de los ojos. Es a la chica a quien busco.

—Usted me ha tomado por un sinvergüenza, amigo. Aquí no hay ninguna mujer.

Los ojos del hombre centellearon malignamente.

—Está bien, puesto que me obliga a ello...

Su mano derecha entró en la chaqueta. El puño de Allen fue infinitamente más rápido.

Se oyó un seco chasquido. El hombre cayó de espaldas, aunque sin perder el sentido por completo. Sin embargo, estaba visiblemente conmocionado.

Allen se inclinó sobre él y le quitó la pistola. Vagamente, observó que tenía una forma muy extraña, pero, en aquellos momentos, su cerebro estaba ocupado en otras cosas.

Las fuerzas del joven no eran escasas. Inclinándose sobre el caído, que farfullaba frases ininteligibles, lo agarró por el cuello y lo levantó a pulso. Luego lo hizo girar en redondo y, finalmente, lo despidió de un tremendo puntapié en las posaderas.

—Largo, rufián —fue el apóstrofe final con que Allen despidió al intruso.

CAPÍTULO III

El tipo se había alejado en un coche que tenía estacionado frente a la casa. Allen, despreocupado ya, recordó de pronto la pistola.

—¡Cuidado, no la toques! —chilló Frydia—. Puedes destruir media ciudad, a poco que te descuides.

Allen soltó el arma, como si hubiera sido una víbora.

—Frydia, tú acabarás por destrozarme el corazón —se lamentó —. ¿Dónde estabas cuando vino ese tipo?

—Escondida, naturalmente. Vi venir al sujeto y, en el acto, adiviné que pertenece a la banda de Sxynold.

—Sxynold —repitió él, con cara de tonto.

—Sí, hombre; es el sujeto que pretende destruir tu planeta.

—Déjame que llore un poco, Frydia. Estabas dentro de una botella, te saqué, te pedí dinero, me lo diste... Luego resulta que eres de carne y hueso, aunque puede que seas sólo una visión...

Sonriente, Frydia alargó un brazo de mórbidos contornos.

—Toca y verás si soy de carne y hueso o una visión —invitó, seductora.

—No, no quiero —gruñó él. De pronto, se puso en jarras—. Pero, bueno, ¿se puede saber qué es lo que pretendes?

—Te lo he dicho y repetido cien veces. Quiero evitar la destrucción de la Tierra, aunque sólo sea por el egoísmo de evitar la de T-Kmon.

—Bueno, y eso, ¿cómo se consigue?

Frydia pareció reflexionar un momento.

—Lo primero que tenemos que hacer es averiguar el paradero de Sxynold —dijo al cabo.

—¿Sabe alguien dónde se esconde ese tipo?

—Quizá una persona. . Se llama Ronnie Mac Adam.

—Nombre completamente terrestre, nada t-kmonita. ¿Dónde encontraremos a Ronnie?

—En su casa. Vive en el Suburbio Catorce.

—¡Cielos! Eso está a treinta y dos kilómetros... ¡Y no tengo coche!

Frydia sonrió.

—Yo sé cómo construir uno en cinco minutos —dijo—. ¿Tienes por ahí una alfombra que te sobre?

Allen la miró estupefacto.

—Oye, no irás a decirme que eres capaz de hacer que una alfombra vuele por los aires, como en los cuentos orientales —exclamó.

—Justamente eso es lo que pienso hacer —contestó Frydia, sonriendo de una forma deliciosa.

—Llamaré al manicomio —gimió él—. Es el sitio más adecuado para mí en estos momentos.

—Hombre de poca fe —le apostrofó Frydia—. ¿No crees en mí?

La mirada de Allen fue hacia el hermoso cuerpo de la chica, cuya estatura, encontró casi de repente, era muy elevada.

—Sí, pero no viajarás así, uses o no la alfombra voladora — gruño—. La liberalidad en la indumentaria es cosa corriente hoy día, aunque no conviene sobrepasar ciertos límites. Te daré algo de ropa mía, hasta que te puedas comprar nuevos vestidos.

—Una camisa y unos pantalones me bastarán —indicó ella.

* * *

La alfombra, de unos dos metros de ancha por tres de largo, estaba extendida en el suelo, frente a la casa.

—Siéntate —indicó Frydia, casi irreconocible con una camisa y unos pantalones que le estaban más que holgados.

Allen obedeció. Ella se sentó a su lado. Alargó la mano derecha y la alfombra se elevó en el acto.

—Guíame, Crash.

—A la derecha —dijo él.

La alfombra viró suavemente, ya a cinco metros del suelo. Su marcha se aceleró sin brusquedades perjudiciales.

El viento azotó la cara de los viajeros. En la calle, los transeúntes alzaban la cabeza para ver aquel asombroso espectáculo. Dos roches chocaron, distraídos sus conductores, y organizaron un enorme jaleo en la circulación. A lo lejos se oyó el aullido de una sirena policíaca.

Una vez, Allen, quien, todavía pensaba que estaba soñando, volvió la cabeza y miró a la chica. Frydia aparecía seria, pensativa, concentrada en sí misma.

«¿En qué estará pensando?», se preguntó.

—En Ronnie —dijo ella.

—Eh, ¿es que adivinas el pensamiento? —gritó Allen.

—Lo siento, fue sin querer. Perdóname, no trataré de entrar más en tu mente sin permiso.

—Y, además, telépata.

La alfombra seguía produciendo una enorme conmoción en los espectadores. Otros dos automóviles se estrellaron, aunque esta vez contra las paredes de sendas casas.

—Oye, ¿no puedes subir un poco más? Estamos dando el espectáculo…

Frydia asintió. La alfombra se elevó a unos trescientos metros. De repente, ella se tendió de pechos, con la cabeza asomando fuera del borde delantero.

—Un mundo maravilloso —calificó a media voz.

Allen empezaba ya a no asombrarse de nada. Se tumbó junto a la chica y miró el suelo, que, a la altura a que se movían, se deslizaba lentamente bajo ellos.

—Es mi planeta y no me quejo de vivir en él —declaró.

—Quizá yo me quede aquí también —dijo Frydia—. Pero antes hemos de evitar que un loco megalómano y ambicioso destruya dos mundos encantadores.

—¿Te refieres a Sxynold?

—Sí.

—Vamos a buscar a Ronnie, porque él sabe dónde está Sxynold. ¿Por qué no lo sabes tú?

—Porque sus esbirros me capturaron a tiempo y me encerraron en la botella.

—Podían haberte matado.

—No. En cierto modo, me necesitaban.

—¿Para qué?

—Están buscando un bloque de gravitonita y no acaban de encontrarlo. Ese bloque debe permanecer en el sitio donde está o se producirá la catástrofe.

—¿Qué es la gravitonita? —inquirió Allen, lleno de perplejidad.

—Pues... digamos que es el elemento polarizador de las fuerzas de gravedad de un planeta. La atracción de éste podría verse seriamente afectada si le faltase tan sólo un bloque de gravitonita de unos cinco metros de lado.

—¡Rayos! Cinco metros de lado... son ciento veinticinco metros cúbicos.

—En efecto, pero la gravitonita posee una densidad increíble. Algo así como un millón de veces la del agua.

Allen se sintió mareado.

—Entonces, ese bloque... pesaría...

—Ciento veinticinco millones de toneladas —dijo Frydia calmosamente.

—No puede ser..., no hay materia en el Universo con una densidad semejante... Un centímetro cúbico de agua pesa un gramo...

—Y un centímetro cúbico de agua sería un millón de gramos, es decir, ese mismo volumen de gravitonita pesaría una tonelada. Pesa, mejor dicho —contestó la chica.,

—Es... inaudito. Jamás había oído nada semejante...

—Todavía no has hecho más que empezar. Aguarda un poco y todavía verás y oirás cosas más fantásticas, que, sin embargo, son absolutamente reales.

Allen volvió a mirar a su bella acompañante. Frydia hablaba de un modo absolutamente serio, sin la menor indicación de que quisiera bromear o burlarse de él.

Mientras tanto, la alfombra voladora seguía deslizándose por el aire con toda normalidad, en silencio, sin otro ruido que un leve siseo, producido por los mismos cuerpos de sus propios ocupantes.

Un tiempo después, avistaron una vasta extensión de terreno, cubierta por casas y jardines.

—El Suburbio Catorce —exclamó Frydia.

* * *

La alfombra se posó en el jardín de la casa, hacia la parte posterior. Saltaron al suelo, él todavía no muy seguro de sí mismo, Frydia, en cambio, parecía resuelta y decidida.

—Ahora oiremos a Ronnie —dijo.

—¿Amigo tuyo?

—Uno de mis agentes, uno de los pocos seres que en T-Kmon aceptaron lo peor de la misión que se nos encomendó. Y conste que lo peor no es precisamente la muerte.

—Bien, dime, ¿qué hay para un t-kmonita peor que la muerte?

Frydia suspiró hondamente.

—Ninguno de nosotros volveremos jamás a nuestro planeta natal —contestó.

—Oh —dijo él—. Un destierro perpetuo.

—Sí, pero no nos importará quedarnos en la Tierra para siempre, si con ello conseguimos salvarla y salvar también a T-Kmon.

«Yo me pregunto cómo ha podido llegar esta chica desde un mundo situado a noventa y dos años luz. A menos que todo lo que haya dicho sea una fábula...»

—No seas incrédulo —exclamó Frydia—. He hablado con la verdad en todo momento.

—Otra vez has penetrado en mi mente —gruñó él

—Lo siento. Tengo que corregir ese defecto.

—Bueno, pero si eres telépata, ¿por qué no te has comunicado con Ronnie sin necesidad de viajar hasta su casa?

—Todavía no soy una telépata plena, ni te vayas a creer tampoco que es algo que me agrade demasiado. Por otra parte, no puedo penetrar en todas las mentes; muchas me resultan refractarias, más de las que te imaginas, y además, necesito estar cerca de la persona en cuya mente he de penetrar. O intentarlo, por lo menos. Te ruego me dispenses una vez más, Crash.

—No te preocupes —sonrió él—. Bueno, ¿cómo entramos en esa casa?

—Mira —exclamó Frydia, que tenía la nariz pegada a uno de los cristales de la ventana posterior en la que se había situado—. Ahí está Ronnie.

Allen se acercó a la ventana. Al otro lado, en la cocina, frente a una mesa, había un hombre sentado, aunque con la cabeza apoyada en los brazos.

—Está dormido —dijo Allen.

Frydia se acercó a la puerta, abrió sin dificultad y entró. El la siguió en el acto.

—Hola, Ronnie —saludó la chica—. Vamos, despierta...

La mano de Frydia se apoyó en el hombro del durmiente. De pronto, el cuerpo de Mac Adam perdió el equilibrio y rodó al suelo.

Frydia chilló agudamente.

Allen lanzó una maldición. Mac Adam estaba muerto y no precisamente a causa de un arma extraterrestre. El cuchillo que se veía, hincado en su pecho hasta el mango, descartaba cualquier suposición en un origen fantástico de la muerte.

CAPÍTULO IV

Frydia se echó a llorar.

—Pobre Ronnie...

Allen, el ceño fruncido, ya recobrado de la sorpresa, se había arrodillado junto al cadáver.

—Le atacaron a traición, por la espalda —dijo—. Ronnie no se dio cuenta, hasta que fue demasiado tarde. El asesino se situó detrás de él y le apuñaló con la mano derecha, mientras que le sujetaba con la izquierda, seguramente, tapándole la boca. Debió estar así unos minutos, hasta que se cercioró de la muerte de Ronnie. Entonces, lo dejó apoyado en la mesa y escapó.

Frydia procuró serenarse.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Hay unas leves marcas de dedos en torno a la boca. Además, el puñal está ligeramente ladeado hacia la izquierda. Pero atravesó el corazón. Fue un golpe certero, créeme.

—¿Eres policía, Crash?

Allen sonrió tristemente.

—No, ni mucho menos. Pero eso es algo que puede verlo hasta el más lego —contestó—. Bien, muchacha, Ronnie ha muerto. ¿Cuál es tu otro agente?

—No lo sé —dijo Frydia, desanimada—. Ronnie era, digamos, e! segundo jefe, y el que conocía más detalles de la operación sobre la gravitonita. A mí me enviaron como jefe con facultades para decidir, después de los informes que Ronnie debía facilitarme.

—No se llamaría así, ¿verdad?

—No, por supuesto, pero, ¿qué importa ya?

Allen puso una mano en el hombro de la chica.

—Estás desanimada —dijo—. Pero ya averiguaremos algo. Busquemos por la casa.

Frydia asintió. Sin embargo, dos horas más tarde, desistieron, después de darse cuenta de lo inútil de su labor.

—Si Ronnie había averiguado algo, y no me cabe duda de que lo consiguió, se lo llevó a la tumba —dijo Allen.

—Cierto —convino ella—. El que lo mató, supo muy bien lo que hacía. Mejor dicho, el que ordenó matar a Ronnie, porque esto parece cosa de un subordinado. Muy hábil, si se quiere, ya que no ha dejado huellas, pero subordinado, al fin y al cabo.

—Habrá que culpar a Sxynold del asunto, ¿no es así?

—Por supuesto. Crash, ¿qué se hace en un caso semejante?

Allen tiró de ella hacia la puerta.

—Largarnos —contestó sin vacilar.

Al tiempo de salir, Frydia se volvió.

—Adiós, Ronnie —musitó.

—¿Le amabas?

Ella negó con la cabeza.

—Era solo un buen amigo —repuso.

La alfombra voladora se elevó del suelo a los pocos instantes.

—Regresaremos a mi casa —dijo él—. Luego, y por otro medio de transporte menos conspicuo, iremos a comprarte ropas.

—Gracias, Crash. Creo que he tenido una suerte estupenda al dar con un hombre como tú. Pero me parece haber oído que has roto con tu prometida.

—Oh, no, es ella la que me ha despedido. Y, créeme, no lo siento en absoluto. Ya te contaré más adelante cosas sobre este particular, pero, mientras tanto, me gustaría que me dieras más detalles tuyos, la forma en que has viajado para llegar hasta aquí...

* * *

Frydia dormía aún, cuando Allen, al día siguiente, se dispuso a salir de la casa.

La chica ocupaba uno de los cuartos de los huéspedes. El dejó una breve nota escrita en la cocina y se marchó corriendo, aunque no en la alfombra voladora.

Allen llevaba en la mano derecha una bolsa que contenía un determinado objeto. De repente, se le había ocurrido una idea y quería probar si valía la pena ponerla en práctica.

Hasta entonces, había sido un alto directivo de la firma Ferguson, Ferguson, Smith y Cía. Había disfrutado de un sueldo excelente y, por tanto, disponía de ahorros en el Banco.

Se compró un coche. Annie ya no tendría que reprocharle nada.

A media mañana se detuvo ante la imponente mansión en que residían los Ferguson. En pleno 1990, aquella familia vivía como cien años antes, con un ejército re sirvientes, capitaneado con un mayordomo de cara de piedra, que atendía por el clásico nombre de Jenkins.

—Señor —saludó Jenkins al reconocer al visitante.

—Avise a la señorita, por favor —rogó Allen.

—Al momento, señor.

Annie llegó a los pocos instantes.

—De todos los sinvergüenzas que he conocido, tú...

—Annie, no te precipites —cortó él fríamente—. No me vas a creer, ni tampoco me importa demasiado, pero Laura Evans es absolutamente inocente. Esto, en primer lugar; en segundo, permíteme que te felicite por haberte anticipado a una decisión que yo ya

empezaba a pensar en adoptar.

—¿Cómo? —gritó ella—. ¿Es que ibas a dejarme planada?

—¿De qué te quejas, si tú lo has hecho? —rió él—; pero no te preocupes; no he venido a reclamarte nada.

—Mi padre sí que tiene que reclamarte. Llevas dos días sin aparecer por tu despacho.

—¡Al cuerno con el trabajo! ¡Y al cuerno con tus regalos!

Allen abrió la bolsa y sacó un costoso reloj de pulsera, unos gemelos de platino, con unos brillantes como garbanzos, y una pitillera de oro, que lanzó sobre un diván.

—No quiero ninguno de tus regalos —insistió—. Pero, ahora, dime una cosa. ¿Quién te regaló esta botella que me tiraste a la cabeza anteanoche?

La botella azul salió de la bolsa.

—Te la llevaste tú, ¿eh? —murmuró ella.

—Sí. La pesqué al vuelo...

—No tiene ninguna importancia. La traería mi padre... o mi madre.. Como adorno no está mal, pero su valor es ínfimo.

—¿Puedo hablar con tu madre?

—Está de viaje. Anda, dame la botella.

Allen obedeció. Inmediatamente, Annie tiró la botella al suelo, rompiéndola en mil pedazos.

—Ya ves, no vale nada —sonrió ella.

—Sí, tienes razón. Adiós, Annie.

—Me has despreciado. No te lo perdonaré, Crash.

Allen estaba ya junto a la puerta y se volvió hacia la chica.

—Las cadenas de oro pueden ser muy seguras, pero, en cierto modo, son las más fáciles de romper —contestó fríamente—. Hubiera acabado como esa botella antes de que se rompiera: adornando esta casa.

—¿Acaso vales para algo más?

El joven ya no contestó. Lo único que hizo fue acordarse de una cosa en aquel instante. Se acercó a los restos de la botella y recogió el tapón, que había quedado intacto.

Salió sin pronunciar palabra. En el camino, se encontró con Jenkins.

Le enseñó el tapón.

—¿Lo conoce, Jenkins? —inquirió.

—Sí, señor. Pertenecía a cierta botella de adorno...

—¿Quién la trajo?

—La señora, señor. Pero ahora está de viaje.

—Ya. Gracias, Jenkins.

—Ha sido un placer, señor.

Allen creyó ver una leve sonrisa de burla en el habitualmente

impasible rostro de Jenkins. En todo caso, se dijo, creía haber adelantado algo con aquella visita.

Salió de la casa y subió al coche. Había rodado unos cincuenta metros, cuando, de repente, notó una brusca y anormal subida de la temperatura.

Una especie de oscuro instinto le dijo que corría un gravísimo peligro. Casi sin pensárselo, abrió la portezuela y se tiró cíe cabeza al suelo.

Rodó sobre la hierba. El jardín que rodeaba la mansión de los Ferguson era muy grande y aún no había tenido tiempo de llegar a la puerta. Gateando precipitadamente, se alejó del coche.

Luego gano la protección de un gran cedro. Apenas había llegado al árbol, se produjo la explosión.

El coche ardió como si en lugar de ser construido con metal corriente, lo hubiera sido con alguna aleación en la que el magnesio fuese parte principal. Allen contempló boquiabierto el espectáculo.

Pero unos segundos más tarde, se dio que el peligro no había pasado del todo. Echó a correr, ganó la puerta y, a pesar de las protestas del vigilante, la abrió y salió al exterior, moviendo las piernas a la mayor velocidad posible.

Todavía le quedaba dinero en el Banco. Las monedas t-kmonitas, se dijo, quedaban reservadas para un apuro.

Resignado, se compró el segundo vehículo en pocas horas.

* * *

Cuando llegó a su casa, encontró a Frydia en la puerta.

Ella estaba acompañada de dos sujetos, cuyo aspecto inspiró a Allen escasa confianza.

—Me marcho, Crash —anunció la chica.

—No sabes cuánto lo siento —respondió él—. Me hubiera gustado tenerte como invitada más días...

—Es imposible, lo lamento.

Allen escrutó el bello rostro de Frydia. Le hubiera gustado ser telépata como ella. Entonces, la hubiera preguntado: «¿Te marchas voluntaria o te llevan a la fuerza?»

«—Lo segundo, Crash.»

—Está bien. Vayas donde vayas, piensa que siempre me acordaré de ti, Frydia —dijo él.

Frydia le dirigió una sonrisa desvaída. Luego, flanqueada por los dos sujetos, que no habían despegado los labios en todo el tiempo, echó a andar.

Allen se apartó a un lado. En su jardín había trozos delimitados por piedras, en forma un tanto rústica.

Frydia y sus acompañantes le volvían ya la espalda.

_ Allen se agachó y cogió dos gruesos pedruscos.

«Clock... clock...»

Dos cuerpos humanos cayeron al suelo sucesiva y casi instantáneamente.

—Estás libre, Frydia —anunció Allen.

La chica se volvió y, lanzando un grito de alegría, se precipitó en brazos de Allen.

—Mi salvador —exclamó melodramáticamente, a la vez que buscaba sus labios con notable ímpetu.

CAPÍTULO V

Allen no era remilgado en absoluto y besar a Frydia era una agradable tarea, pero la suspendió apenas iniciada.

—Nena, me siento encantado por las muestras de gratitud que me dispensas, pero ahora tenemos algo más importante que hacer —dijo, a la vez que se separaba de ella—. Ayúdame, ¿quieres?

—Sí, Crash, lo que tú digas.

Entre los dos, arrastraron el cuerpo del primer desconocido hasta el interior de la casa. Entraron luego al otro y, a continuación, Allen, con los cordones de una de las cortinas, les ató las muñecas a las espaldas.

—Hombres de Sxynold, ¿eh?

—Sí, Crash.

—¿Te dijeron algo?

—No. Simplemente, se presentaron en la casa y me ordenaron ir con ellos. Estaban armados, no podía hacer otra cosa.

—Desde luego.

Allen registró a los sujetos, encontrándoles sendas pistolas, como la que Frydia había dicho podía destruir media ciudad con un solo disparo. La muchacha se hizo cargo de las armas.

—Encontré tu nota, Crash, pero no decías adonde ibas —dijo ella poco después.

—Sólo quería saber cómo había llegado la botella azul hasta la casa de mi prometida —contestó Allen.

—¿Lo averiguaste?

Allen frunció el ceño.

—Mi ex novia dijo que fue su madre quien compró la botella. El mayordomo, Jenkins, también declaró algo por el estilo. No sé por qué, pero tengo la sensación de que ambos mienten.

—¿Qué te hace suponer que te engañaron?

—Verás... Sxynold, según tú, procede también de T-Kmon, ¿no es así?

—En efecto.

—Y está en la Tierra para encontrar la gravitonita.

—Sí.

—Por tanto, es de suponer que haya adoptado una apariencia terrestre. ¿Te imaginas tú algo al respecto?

Frydia puso cara de circunstancias.

—No, Crash —respondió—. El único que podía haber dicho algo es Ronnie Mac Adam.

—Y está muerto —suspiró él—. Bien, cuando despiernen estos tipos, nos dirán dónde está ese pajarraco.

—¿Crees que te lo dirán?

Allen soltó una risita.

—«Cantarán», puedes estar segura de ello —respondió—. Preciosa, ¿quieres prepararme mientras tanto un poco de café? Es decir, si conoces las costumbres terrestres...

Frydia lanzó una alegre carcajada.

—Ya llevo algún tiempo en este planeta —dijo, a la vez que se encaminaba hacia la cocina.

Pero apenas había dado un par de pasos, se oyó un sordo bramido.

El suelo retembló fuertemente. El bramido parecía surgir de las profundidades de la Tierra.

—¡Crash! ¿Qué es eso? —gritó ella asustada.

Los ruidos se hacían cada vez más fuertes. Al mismo tiempo, el suelo oscilaba con enorme violencia.

—¡Un terremoto! —gritó Allen—. ¡Corre, Frydia, escapa!

Ella se lanzó hacia la puerta. En la acera del otro lado, una casa se hundió como si hubiera sido un castillo de naipes.

Allen agarró a la chica por un brazo. Mientras buscaban la salida, el suelo se movía bajo los pies como si fuese la cubierta de un barquito zarandeado por una tempestad.

Por todas partes se oían gritos y chillidos. La gente corría alocadamente. Frente a ellos, se abrió una enorme grieta, de la que salieron columnas de silbante vapor. Un coche, que corría, a toda velocidad, se precipitó en la grieta, estrellándose contra la pared opuesta. Casi en el mismo instante, la hendidura se estrechó nuevamente. El automóvil resultó aplastado. Los gritos de sus ocupantes fueron como chillidos de animales en una trampa mortal, pero duraron solamente breves segundos.

Allen y Frydia se dejaron caer sobre la hierba del jardín, que ondulaba como la superficie del mar. Parte de la casa se hundió con tremendo estrépito.

Saltaban las conducciones de agua, gas y electricidad. Veíanse chispazos por todas partes. Brotaban detonaciones de numerosos puntos. En algunas partes, se elevaban columnas de humo, anunciadoras de próximos y devastadores incendios.

El temblor de tierra se atenuó hasta cesar por completo. Todavía tumbada en el suelo, Frydia miró aprensivamente a Allen.

—Crash, esto no es un terremoto común —dijo.

Allen paseó la vista por el destrozado panorama de los alrededores. En pocos minutos, lo que había sido un barrio tranquilo y apacible, parecía ahora un campo de batalla.

—No ha sido un terremoto común desde luego —convino.

—Creo que no me has entendido, Crash. Yo también lo pensé así

en el primer momento. Ahora veo que estaba equivocada.

—¿Por qué lo dices, Frydia?

Los bellos ojos de la chica se oscurecieron.

—Crash, Sxynold ha encontrado la gravitonita —afirmó dramáticamente.

* * *

La casa de Allen, tal vez mejor construida que muchas de las vecinas, había resistido en buena parte los efectos del terremoto. Sin embargo, una pared entera había caído sobre los secuestradores.

—Están muertos, ya no nos dirán nada —exclamó él, lúgubremente, minutos más tarde, mientras quitaba las ligaduras de unas muñecas inertes.

Frydia se estremeció.

—Lo siento por ellos —dijo—. Vinieron engañados.

—Nadie viene engañado a una misión semejante. Al menos, yo no lo haría —contestó Allen—. ¿Te dijeron adónde pensaban llevarte?

—No, pero es fácil de suponer, Crash.

Allen masculló algo entre dientes.

—Las cosas no se ponen bien —rezongó—. Frydia, temo que nos vamos a ver obligados a abandonar la casa.

—Pero, ¿adónde iremos?

—No lo sé. Primero buscaremos habitación en algún hotel. Si no la encontramos., bien, yo tengo una casa junto a la playa, a unos ciento veinte kilómetros de la ciudad.

Miró hacia afuera. Su segundo coche era apenas visible, hundido casi por completo en una enorme grieta, de más de diez metros de anchura.

—Dos automóviles en un día —clamó—. A este paso, voy a quedarme en la ruina.

—Todavía tenemos el dinero t-kmonita —le recordó ella.

—Sí, pero no circula en la Tierra...

—Cada moneda pesa veintiocho gramos y un pico. Vamos, una onza *troy,* la medida internacional del peso del oro. Y si no recuerdo mal ahora está a ochocientos veintisiete dólares la onza.

—Vaya, qué bien enterada estás de nuestras costumbres —se sorprendió él. De pronto, se echó a reír—. Y pensar que hace unos diecisiete años estaba a cuarenta y dos dólares.

—Los tiempos han cambiado. Todo sube —filosofó ella—, Pero cualquier cambista te dará mil ochocientos dólares papel por dos monedas de mi planeta.

—Eso sí es cierto. Vamos, recoge tus cosas, incluyendo esa magnífica alfombra voladora, que no usaremos por el momento, para no despertar sospechas.

Atardecía ya cuando salieron de la casa. Las llamas de los incendios provocados por el terremoto enrojecían el cielo. Columnas de negro humo alcanzaban cientos de metros de altura.

Las tropas habían salido a la calle, para ayudar en los trabajos de socorro y mantener el orden. De pronto, oyeron unos gritos.

Varios soldados arrastraban a dos hombres, que chillaban desesperadamente. El oficial que mandaba la tropa dio una orden.

Seis soldados se situaron en fila frente a los prisioneros. Restalló una descarga. Los reos se desplomaron como sacos fláccidos, repentinamente vacíos de sus contenidos.

El oficial se acercó a los caídos y les aplicó sendos tiros de gracia. Luego sacó del bolsillo un grueso lápiz y escribió una frase sobre la pared: FUSILADOS POR SAQUEADORES.

Frydia había vuelto la cara para no contemplar la escena, que se le antojó horripilante.

—¿Por qué, Crash? —preguntó, todavía temblando de pavor.

—Pillaje —respondió él—. Siempre que se produce una catástrofe semejante, aparecen los cuervos que tratan de aprovecharse de la situación. En nuestra vieja Tierra, fusilar a los saqueadores es una práctica tal vez sangrienta, pero que contiene muchos de los peores instintos que anidan en el alma humana.

Siguieron andando. Las ambulancias iban y venían, portando su carga de heridos. Los muertos eran alineados junto a las aceras, en los sitios libres de escombros.

No obstante, había muchas casas intactas o, por lo menos, con menores daños. Pero les fue imposible encontrar habitación en ningún hotel.

Todos los que no se habían hundido, estaban requisados para alojamiento de personas sin hogar y hospitales de urgencia. Helicópteros y aeromóviles se movían continuamente por el cielo. Los equipos de socorro actuaban sin descanso.

De vez en cuando, se oían algunos gritos. Una persona había sido rescatada con vida y sus familiares se alegraban de la circunstancia. Pero muchas veces, los gritos tenían un motivo totalmente opuesto.

Era ya de noche cuando salieron a terreno relativamente despejado.

Frydia se arrodilló en el suelo y extendió la alfombra. Crash se asombró de la pequeñez del aparato propulsor, apenas mayor que dos cajetillas de cigarrillos juntas por la parte más estrecha.

Del conjunto, salían cuatro delgadísimas varillas, que llegaban casi hasta los extremos de la alfombra. Otra, perforándola por el centro, era como una especie de palanca de mando, que iba a parar a la mano derecha de Frydia.

—Vamos —dijo ella, pero, de pronto, detuvo el gesto, preocupada por alguna cosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Allen.

—¿Estaremos muchos días en tu apartamento de la playa?

—No sé… quizá convenga permanecer ocultos algún tiempo…

—Necesitaremos víveres, Crash.

—Oh, no te preocupes; siempre tengo allí una reserva de latas, café, leche y vino. Y pan, por supuesto.

Frydia respiró aliviada.

—Eso me tranquiliza —dijo.

La alfombra se puso en marcha.

CAPÍTULO VI

De pie, frente al televisor, Allen contemplaba una serie de imágenes filmadas, con los destrozos producidos por el terremoto. Un locutor explicaba a los televidentes parte de lo sucedido.

—...El número de víctimas se calcula en unas quince mil, de las que un cuarenta por ciento son muertos. Jamás se había conocido una catástrofe semejante en esta zona del país... Los geólogos opinan que no se trata de un movimiento de la falla de San Andrés, situada en el borde occidental de la costa y que fue, la que entre otros, provocó el famoso terremoto de San Francisco de hace ochenta y cuatro años... Las líneas de fractura siguen, en general, una dirección noroeste-sudeste, cosa que causa serias preocupaciones a los expertos y científicos que tratan de analizar las causas del horrible fenómeno que ha causado tan gravísimas pérdidas y no sólo en vidas humanas, sino también en el aspecto material... Una primera evaluación de los daños calcula su importe, de una forma moderada, en más de seis mil millones de dólares...

Frydia entró en aquel momento, portadora de una bandeja con el desayuno.

—He oído que el locutor mencionaba una dirección geográfica —dijo.

—Si —contestó él, a la vez que se acercaba a la mesa—. Noroeste-sudeste.

Los ojos de la chica brillaron.

—En algún punto de esa línea está Sxynold —exclamó.

—¿Lo crees así? —preguntó Allen.

—Estoy segura. Crash, el terremoto fue provocado por la gravitonita.

—A ver, explícate.

—En este aspecto, y perdona que lo diga, los terrestres estáis muy equivocados. Nuestros geólogos averiguaron ya, hace algunos siglos, que en todo planeta hay, por lo menos, un núcleo de la sustancia que ellos denominaron gravitonita y que, por decirlo así, regula la acción de las fuerzas de la gravedad en el planeta. Por supuesto, puede haber más núcleos en el planeta, dos, tres... no es una cifra fija, pero la acción de la fuerza gravitatoria queda señalada por la conjunción de las líneas procedentes de los distintos núcleos.

—Lo que significa que, si se mueve uno, se alteran las condiciones de la vida en la superficie.

—Sí, Y, a veces, incluso, aunque no se separe de ese núcleo más que un pequeño fragmento.

—Como ese fragmento tenga sólo un decímetro cúbico, pesará

mil toneladas. Pero el peso de la tierra es de muchos trillones…

—Tu planeta, como el mío, como cientos otros, está sometido a un delicado equilibrio… Es, digamos, una especie de balanza de precisión. En una balanza corriente, un peso de un gramo no desnivelará los platillos, pero en una de precisión, una milésima de gramo puede reflejarse perfectamente en la aguja marcadora. ¿Lo entiendes ahora?

—Tienes una forma muy gráfica de explicar las cosas —sonrió Allen—, Sin embargo, debo decirte que, al menos en la Tierra, nadie había oído hablar hasta ahora de la gravitonita.

—Si la desconocían, resulta lógico, Crash.

—Por supuesto, pero, dime, ¿cómo la ha localizado Sxynold?

—Hay detectores muy sensibles que captan las radiaciones gravitatorias. Su precisión es tal, que señalan con toda exactitud no sólo la posición, sino la profundidad a que se halla el núcleo de gravitonita.

—Hay una cosa que me extraña —dijo él—. Si ese material es tan pesado, ¿cómo podrán llevarse siquiera un decímetro cúbico, que debe pesar mil toneladas?

—Bien, en primer lugar debes saber que el mineral gravitonita es, comparativamente, poco compacto, por lo que puede aserrarse sin dificultad un bloque de las dimensiones que se deseen. Posiblemente, Sxynold utilice una sierra de ultracarborundo, a pesar de que la gravitonita no es tan dura como el diamante. Aquí y allá, el diamante sigue siendo la sustancia de mayor dureza.

—Entiendo. Y una vez aserrado el bloque…

—Se contrarresta su gravedad, es decir, su masa, con una rejilla envolvente, que emite ondas de lo que podríamos denominar superultrafrecuencia… algo así como diez millones de ciclos por segundo…

—¡Qué barbaridad! —se asombró él—. Aquí, una frecuencia de cien mil ciclos por segundo es ya algo asombroso, dificilísimo de conseguir. Mira, la luz que empleamos nosotros, tiene cincuenta ciclos por segundo…

—Sí, pero Sxynold se habrá traído consigo la máquina productora de los superultraciclos. La rejilla, prácticamente, anula todo el peso del bloque de gravitonita. Bueno, lo deja reducido a unas medidas normales, aproximadamente, cuatro coma cinco con respecto al agua.

—Es decir, el bloque de ciento veinticinco metros cúbicos…

—Si fuese de agua, pesaría ciento veinticinco toneladas. Como es de gravitonita contrarrestada, pesará solamente quinientas sesenta y dos toneladas y media. Pero, además, habrá sido fragmentado o lo estarán fragmentando, con lo que el transporte puede realizarse de

una manera mucho más fácil.

—Por bloques independientes, que luego... ¿pueden unirse?

—Sí, en cuanto cese la acción de la productora de superultraciclos. La máquina tiene un voltaje elevadísimo, por supuesto, pero todo fragmento de gravitonita tiende por naturaleza a unirse con cualquiera otro que se halle a una distancia prudencial.

—¿Por ejemplo?

—Oh, si hubiese un bloque de un decímetro cúbico en Plutón, el último planeta de vuestro sistema, y otro idéntico en la Tierra, y éste no tuviese a su alrededor la rejilla de las superultrafrecuencias, volaría a través del espacio a velocidades exorbitantes, para unirse con el de Plutón.

—Ya entiendo. ¿Qué pasará cuando Sxynold tenga el bloque completo de las ciento veinticinco millones de toneladas?

—Se lo llevará a T-Kmon. Esto desequilibrará el planeta, tan fácilmente como el ala de una mosca desequilibraría una balanza de precisión. Entonces, T-Kmon será arrancado de su órbita y lanzado al espacio.

—Negro y helado. ¿Y eso es todo lo que quiere el granuja de Sxynold?

Frydia movió la cabeza lentamente.

—No. Aunque te cueste trabajo de creerlo, Sxynold piensa vender T-Kmon. Ya tiene comprador —respondió.

Allen reflexionó unos momentos. De pronto, dijo:

—Frydia, cuando los secuaces de Sxynold te llevaban secuestrada, yo pensé... te hice una pregunta mental. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente. Yo la capté y te respondí de la misma manera.

—¿Soy también telépata?

Ella sonrió.

—Suele decirse que el peligro estimula las facultades del ser humano —contestó—. En tu caso, así ocurrió, aunque no debes considerarte un telépata en el estricto sentido de la palabra. ¿Crees que no habríamos sabido igual lo que nos pasaba, con sólo mirarnos a la cara?

Los ojos del joven estaban fijos en el hermoso rostro de Frydia. Allen apreció las rápidas palpitaciones del seno de la muchacha.

—No cabe la menor duda —contestó.

* * *

—Los equipos de socorro realizan una eficaz labor. Se han dado algunos casos de pillaje, rápida y ejemplarmente atajados por las fuerzas del orden... Allen estaba sentado frente al televisor.

—¿Interrumpo? —dijo Frydia, sentándose a su lado.

—No —contestó él—. Los daños están siendo reparados. Pero hay miles de heridos y las tareas de curación no serán rápidas, en general. De todas formas, acuden socorros de muchos sitios. La situación, prácticamente, salvo por la labor de reconstrucción, puede considerarse como dominada.

—En cambio, nosotros, no podemos considerarnos lo que se dice ganadores.

Allen tenía a su lado un vaso con refresco y tomó un sorbo.

—Estoy pensando... ¿Cómo llegó la botella azul a casa de Annie? —murmuró.

—¿Sigue preocupándote el problema?

—Desde luego. ¿Cómo te atraparon, Frydia?

—No lo recuerdo con exactitud. Yo iba en busca del pobre Ronnie. Alguien me lanzó de pronto un chorro de gas a la cara. Cuando desperté, estaba ya dentro de la botella.

—Con todo tu equipaje.

—Sin duda, no quisieron perder tiempo.

—¿Cómo te redujeron de tamaño?

—No lo sé a ciencia cierta. Tengo una hipótesis..., pero no puedo comprobarla hasta que no encuentre a Sxynold.

—Supongamos que lo encuentras. ¿Qué harás con él? ¿Matarlo?

Los labios de Frydia temblaron.

—¿Puedo dudar, cuando se trata de la suerte de doce mil millones de personas? —contestó amargamente.

—Sxynold, sin embargo, te respetó la vida.

—Le convenía. Aunque pienso más bien que trató de burlarse de mí. Meterme en una botella debió de resultarle muy divertido. ¿No te divertirías tú si pudieras meter a tu peor enemigo dentro de una botella?

—Hombre, a Annie la metería un par de días, para que aprendiese... Pero no lo haría de un modo estrictamente vengativo.

—Sxynold no es como tú —respondió ella.

De pronto, Allen se levantó y salió de la estancia. A los pocos momentos regresó con un objeto que hacía saltar en la palma de la mano.

—Soy un zoquete —dijo—. Tenía una pista en la mano y no se me había ocurrido pensar en ello.

Frydia miró con curiosidad el tapón de la botella en que había estado encerrada.

—¿Eso es una pista? —preguntó, asombrada.

—Logré salvarlo de la catástrofe —sonrió Allen—. Pero no estuviste muchos días en la botella. Seguramente, la habían llevado hacía poco a la casa de Annie.

-¿Y...?

—Alguien compró la botella en una tienda de artículos de regalo. La etiqueta está pegada todavía a la parte inferior de la esfera de vidrio, sobre el tapón propiamente dicho.

—¡Crash, eres un genio! —exclamó Frydia alborozadamente—. Seguramente, en esa tienda nos dirán quién compró la botella.

—Suponiendo que no esté destruida por el terremoto.

—Oh —dijo ella, súbitamente desilusionada.

—Y que el vendedor, o vendedora, no pertenezca a la organización de Sxynold.

—Podría ser, en efecto —admitió ella con voz opaca.

—Pero esto es algo que podemos aclarar hoy mismo. Frydia, prepara tu alfombra voladora.

—De acuerdo.

La muchacha se puso en pie ágilmente. Vestida con una simple blusa, que dejaba su espalda al descubierto, y unos breves pantalones de color azul claro, componía una estampa llena de gracia y encanto.

Allen la miró arrobado.

—Sospecho que empiezo a enamorarme de una t-kmonita —suspiró.

—Será lo mejor para los dos —contestó ella, sonriendo deliciosamente—. Sobre todo, si se piensa que yo he de quedarme para siempre en la Tierra.

Minutos después, se disponían a salir. De repente, Frydia lanzó una exclamación:

—¡Crash, viene alguien!

CAPITULO VII

Allen se asomó a la ventana.

—Yo no veo a nadie —dijo.

Frydia tenía sus manos pegadas a las sienes.

—Lo presiento. Capto emisiones hostiles a cierta distancia, aunque no logro averiguar claramente lo que dicen. Pero están a menos de medio kilómetro... ¡y se acercan rápidamente!

Allen miró hacia el camino que, a través de las dunas que bordeaban la playa, conducía hacia la autopista. Confiaba implícitamente en las facultades de la chica y, ni por un momento, se le ocurrió pensar en una exageración o una dosis excesiva de aprensiones.

El punto máximo de visibilidad se hallaba a poco más de doscientos metros. El tiempo de que disponían, por tanto, era muy escaso.

—¡Ven! —exclamó él de pronto, a la vez que la agarraba de una mano.

Frydia se dejó llevar. El camino que conducía a la casa llegaba a sus inmediaciones y describía luego una curva semicircular, antes de acabar frente a la puerta, que daba al mar. Allen se situó en una estratégica esquina, con la chica a su lado, y oteó el panorama.

En aquel momento apareció un coche en lo alto de las ruinas.

—¿Cómo han podido saber que estoy aquí? —musitó Frydia.

—Sencillo. Primero, te buscó uno, al que eché a puñetazos. Luego fueron dos, que murieron en el terremoto. Ahora, los habrán buscado a ellos y habrán advertido que faltan nuestros cadáveres. Por tanto, han deducido que estamos en otra parte. Una sencilla investigación les habrá hecho llegar a !a conclusión de que soy el dueño de esta casa.

—Ahora ya lo comprendo. Pero tengo miedo...

—¿Y te enviaron de T-Kmon para contrarrestar las acciones de Sxynold?

—Vine con miedo y lo seguiré teniendo hasta que haya realizado la misión, pero no por ello dejaré de cumplir mi deber —contestó Frydia resueltamente.

—Eres estupenda —murmuró él, sonriendo, a la vez que apretaba su brazo cariñosamente.

El coche se acercaba ya a la casa. De pronto, Allen recordó que debía preguntar algo que no sabía.

—Frydia, esas pistolas extrañas, ¿qué alcance tienen?

—Cien o ciento cincuenta metros, depende. Pero una descarga a máxima intensidad podría carbonizar una vasta extensión de terreno.

—Vaya unos cacharritos —refunfuñó él.

Instantes después, el coche se detenía ante la casa. Allen se inclinó y agarró un palo que había en el suelo.

—Quédate aquí y no te muevas —dijo.

Ella obedeció. Con el garrote en la mano, Allen se acercó cautelosamente a la puerta, por la que habían desaparecido los dos hombres segundos antes.

Oyó ruidos de cacharros que caían. Una mesa fue volcada en un súbito acceso de cólera.

—¡No están! —gritó uno, furioso, a juzgar por el tono de su voz.

—Se han marchado hace muy poco —dijo el otro—. Todavía hay platos sin fregar...

—Quizá estén escondidos por las inmediaciones. ¡Vamos a buscarlos!

Allen oyó pasos rápidos que se dirigían hacia la puerta. Pegado a la pared, alzó el garrote.

Los dos sujetos salieron, uno tras otro. Allen dejó pasar al primero y golpeó al segundo, que cayó fulminado.

El otro se volvió, sorprendido, al oír el seco chasquido del garrotazo. Ello permitió que Allen golpeara al intruso en la frente, en lugar de en la nuca, como a su compañero.

—¡Frydia, el campo está despejado! —gritó.

La muchacha apareció corriendo. Vio a los dos sujetos caídos en el suelo y lanzó un grito de alegría:

—¡Crash, eres único!

—Sí, yo soy el único Peter Allen —rió él—. Anda, prepara nuestras cosas y ponlas en el coche. Nos iremos en cuanto haya interrogado a estos dos tipos.

—De acuerdo.

Frydia entró en la casa y enrolló la alfombra, que sacó al exterior junto con su bolsa particular. En aquel momento, Allen, con las pistolas de los dos atacantes en la mano, se acercaba a la orilla del mar, distante de la casa unos ochenta o noventa metros.

—¡Allen, no! —gritó ella.

Pero ya era tarde. Las pistolas volaban por el aire y se hundieron en el agua, a unos treinta metros de la orilla.

Allen se volvió.

—¿Decías algo, Frydia? —preguntó.

Ella no le contestó. Había arrojado sus cosas al interior del coche y accionaba el mando de arranque.

—¡Corre, Crash!

Allen echó a correr. Detrás de él, algo rugió sordamente.

Frydia maniobraba ya en el automóvil, para colocarlo en la posición adecuada. A espaldas de Allen, el rugido adquirió

proporciones apocalípticas.

—¡Salta, pronto! —gritó ella.

Allen se metió en el vehículo. Un segundo después, se alzó una gigantesca columna de agua, arena y espumas, que alcanzó en un instante más de cien metros de altura.

Frydia arrancó a toda velocidad. Allen creyó que rompería el respaldo del asiento con su cuerpo.

Cuando estuvo seguro, se volvió.

La segunda explosión provocó una columna de agua mucho mayor aún que la primera. Allen se volvió para mirar. Aquel chorro de líquido medía más de doscientos metros de diámetro, por cuatrocientos o quinientos de altura.

La columna de agua se desplomó y provocó un pequeño maremoto. Olas de más de veinte metros de altura avanzaron vertiginosamente sobre la playa, alcanzaron la casa y la deshicieron como un frágil castillo de naipes.

El coche estaba ya en seguridad, aunque su cola fue alcanzada por algunas salpicaduras. Allen se sentía desconcertado, ya que no comprendía en absoluto los motivos de las explosiones.

El mar hirvió y espumeó todavía un buen rato, antes de calmarse. Cuando, al fin, se retiraron las olas, ya no había de la casa otra señal que los pequeños muros de los cimientos de hormigón en que se había apoyado la estructura de madera de que estaba construida.

—Frydia, ¿qué ha pasado ahí? —preguntó.

—Las pistolas —contestó ella—. Te llamé, pero ya era tarde.

—No entiendo. ¿Es que esos cacharros explotan al contacto con el agua?

—Si es agua salada, sí. El mar contiene sodio, cloruro de sodio, sal común, además de otras sales. El sodio reacciona con las sustancias químicas que producen, por fisión, las descargas atómicas que dispara la pistola.

—¿Quieres decir que un trasto de esos lleva en el interior una pila atómica?

—Con palabras vulgares, así se podría definir.

Allen dejó escapar el aire contenido en los pulmones.

—De buena nos hemos librado —dijo—. Y yo que eché las pistolas al mar, para que esos tipos no pudieran luego... Oye, ¿te das cuenta de que la banda de Sxynold ha sufrido ya cuatro bajas?

—Eso no le importará demasiado. Por desgracia para nosotros, dispone de muchos más auxiliares.

—Nos vamos a divertir —rezongó él.

—Crash, esto no es cosa de juego —dijo Frydia, muy seria.

—Dispensa, lo decía como una frase hecha.

Ya alcanzaban la autopista. Frydia enfiló la ciudad.

—Me gustaría hacerte una pregunta —dijo Allen de pronto.

—Por supuesto —accedió la chica.

—Ronnie era tu enlace. Pero, ¿es que no te dieron la lista de los demás agentes al venir a la Tierra?

—No. No era conveniente. Al menos, eso es lo que opinaban quienes me enviaron aquí.

Allen suspiró.

—Tendremos que hacerlo nosotros todo —dijo, con acento nada optimista.

* * *

La mayoría de los escombros habían sido retirados ya. A pesar de todo, la circulación era difícil, debido a que las brigadas de reconstrucción trabajaban por todas partes, con gran actividad, buscando empalmar las conducciones de todo tipo, rotas o destruidas por el terremoto.

Había, sin embargo, trechos bastante despejados. De pronto, Allen, situado junto a Frydia, vio algo que le hizo lanzar una exclamación:

—¡Para! ¡Ya hemos encontrado la tienda!

Frydia arrimó el coche a la acera. Un poco más allá, divisó una tienda de artículos para regalo, situada en un bloque de casas, que habían resistido bien los efectos del cataclismo.

Allen saltó del coche. Ella le siguió a continuación.

Entraron en la tienda. A primera vista, el local aparecía vacío. Había muchos huecos en sus estanterías. Era evidente que si bien la casa había resistido, las sacudidas sísmicas, habían provocado la caída de muchos de los artículos situados en las estanterías.

Pero, de pronto, Allen divisó cuatro botellas azules, de distintas formas, aunque todas ellas muy parecidas entre sí. Los tapones, igualmente parecidos, no eran exactamente como el que había conservado.

Allen se acercó a la estantería. De pronto, oyeron una voz femenina:

—¿Puedo servirles en algo?

El joven se volvió. Delante de él había una mujer de unos treinta años, bastante atractiva, que le miraba con expresión sonriente.

—Deseo hacerle una pregunta, señora —dijo Allen, a la vez que enseñaba el tapón de vidrio azul—. La botella, rota infortunadamente, fue comprada aquí.

—Sí, lo recuerdo muy bien —manifestó la mujer.

—¿Conoce al comprador?

—Oh… tendría que consultar mis libros… ¿Está interesado en saber quién le envió ese obsequio?

—Muchísimo, señora.

—Aguarde un momento, por favor.

La mujer entró en la trastienda. Allen se preguntó si era posible que hubiera en la ciudad alguien que no conociese a la oronda y presuntuosa señora Ferguson.

Muy despacio, se acercó a la puerta que daba a la trastienda. Asomó la cabeza y vio a la dueña, de espaldas a él, con el teléfono en la mano.

—Sí… están aquí… ¿Que cómo han escapado? Pero, ¿cómo cree que puedo saberlo, con el jaleo de todos estos días? Estoy viva de milagro… Muy bien, les entretendré hasta que lleguen… De acuerdo, hasta ahora.

La mujer colgó el teléfono y giró sobre sus talones. Entonces vio que Allen estaba a cuatro pasos de distancia, mirándola fijamente.

—¿Quiere decirnos, por favor, quiénes van a venir a buscarnos?

CAPÍTULO VIII

Ella retrocedió un paso. Luego, de pronto, giró sobre sí misma y abrió un cajón de su mesa de trabajo.

Allen fue más rápido v sujetó la muñeca con dedos de hierro. La mujer chilló.

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Policía!

—He cerrado la puerta —manifestó Frydia desde el umbral—. Nadie oirá sus gritos.

Allen soltó a la mujer. Ya tenía el arma en la mano.

Era una pistola atómica.

—Frydia, tómala —dijo.

La chica obedeció.

—¿Qué nombre usa aquí, señora? —preguntó Allen.

—Rya... Rya Mellen... ¡Pero no diré nada! —gritó la dueña de la tienda.

Allen se echó a reír.

—Frydia, si se hace un disparo con la mínima potencia, a cuatro metros, ¿qué le pasa a la persona que recibe la descarga?

—A una centésima de la potencia máxima, se convierte en humo, pero es un proceso que puede durar, dolorosamente, casi cinco minutos. A una décima, la disgregación es instantánea. Mayor potencia, para una sola persona, no es conveniente, por los daños que se pueden causar a las otras personas o a los objetos —respondió la muchacha.

—Está bien, gradúa la pistola para una centésima y dámela.

Frydia obedeció. Rya contemplaba a la pareja con ojos llenos de horror.

—Oigan, ustedes no...

Allen alargó el brazo y apuntó rectamente al estómago de la mujer.

—Dígame a quién ha llamado y dónde está —ordenó.

Rya suspiró.

—Ekhild, Decimoséptimo Suburbio, calle cinco, mil cuatrocientos —contestó.

—¿Has oído, Frydia?

—Perfectamente, Crash.

—¿Sabe algo de Ekhild?

—No.

—Muy bien. Busca una cuerda. Vamos a atar a Rya... O, mejor todavía, aguarda un momento.

Segundos más tarde, Rya quedaba encerrada en el cuarto de aseo, la llave de cuya puerta guardó Allen en el bolsillo. Luego

arrancó de un tirón los hilos del teléfono y se dispuso a salir.

—Es curioso —dijo—. Los Ferguson viven en el Primer Suburbio. ¿Por qué tiene Rya que relacionarse con un tipo que vive en el Decimoséptimo?

—Lo sabremos cuando hayamos hablado con él. ¡Vamos!

Salieron de la trastienda. Antes de abandonar el local, Allen colgó de la puerta un cartelito con una indicación clásica: CERRADO PARA ALMORZAR.

* * *

El coche se detuvo a una distancia prudencial del 1.400 de la calle 5ª. Allen, tras el volante, y Frydia, a su lado, contemplaron el edificio.

Era una casa corriente, con un pequeño jardín, como las había a miles. No había en ella nada que la hiciese destacar de las restantes.

Se veía una luz en una de las ventanas. A través del hueco, pudieron advertir la figura de un sujeto que se paseaba nerviosamente.

—Ekhild... es un nombre que parece tener ciertas raíces comunes con Sxynold —murmuró él de pronto.

—Resulta corriente en T-Kmon —contestó Frydia.

—Aquí puede pasar por un apellido nórdico. —Allen abrió de pronto—. Bien, vamos a ver qué nos dice el buen Ekhild.

Frydia siguió al joven. Entraron en el jardín y avanzaron hacia la casa.

Ekhild se servía una copa en aquellos momentos. De pronto, oyó una voz sarcástica a sus espaldas.

—¿Le gusta más que el vino de T-Kmon?

Ekhild se volvió precipitadamente, tanto, que derribó la botella, haciéndola caer al suelo, en donde se rompió con gran estruendo de vidrios quebrados. La cara de Ekhild, alto, delgado, de unos cuarenta años, se puso lívida.

—Frydia y el terrestre —dijo.

—Los mismos —sonrió Allen—. ¿Qué le ha dicho la preciosa señora Mellen?

Ekhild dejó la copa a un lado.

—Usted es terrestre, Allen. ¿Por qué hace caso de las fantasías de una chica medio loca?

—Esa chica me gusta mucho. Además, creo en ella. Por otra parte, Frydia no ha tratado de asesinarme. ¿Qué más quiere saber?

—Nada. Es evidente que no lograré convencerle...

—En cambio, yo sí lograré convencerle de que nos diga dónde

podemos encontrar a Sxynold.

—No lo sé.

Allen permaneció impasible. Entregó la pistola a la muchacha y empezó a arrancar los cordones de las cortinas.

Minutos más tarde, Ekhild estaba sentado en un sólido sillón, al cual había sido atado fuertemente. La pistola atómica estaba frente a él, sujeta a un ingenioso dispositivo, formado por unos libros que la mantenían en posición, y con un cordel atado al disparador por un extremo y a la puerta por el otro.

—Muy bien, Ekhild —dijo Allen—. Usted no quiere soltar la lengua. Yo no le tocaré el pelo de la ropa, pero sus esbirros van a volver muy pronto. Le amordazaremos, claro, para que no oiga sus gritos. Y en cuanto se abra la puerta, ¡pum!, la pistola soltará una descarga a la centésima.

La cara de Ekhild era una mancha borrosa de color grisáceo.

—Por favor, suéltenme...

—Hable —exigió Allen, inflexible.

Un reguero de sudor corrió por la mejilla izquierda de Ekhild.

—Ca... cada uno de nosotros tenemos dos agentes a nuestras órdenes —contestó—. Formamos como células de tres unidades humanas, cuyo jefe no conoce a ninguno de los otros jefes. Es... una especie de escalera, ¿comprende?

—Me voy dando cuenta —dijo Allen—. Siga, Ekhild.

—Yo estoy en el peldaño superior al que ocupa Rya.

—Ella estaba sola en la tienda.

—Me informó que sus dos ayudantes habían muerto en la catástrofe. Rya no sabe tampoco quién es el que está por debajo de ella. Sólo me conoce a mí.

—Ya. Pero usted conoce al tipo que está en el escalón superior.

Ekhild asintió, resignadamente.

—Sólo sé un número videofónico —contestó.

—Anótalo, Frydia —indicó Allen.

—Dígalo, Ekhild. Tengo buena memoria.

—87-EE-04-VN-191.

—Listos, Crash —exclamó Frydia.

—Muy bien. Ekhild, voy a soltarlo, pero se vendrá con nosotros. No haga ningún gesto raro, no diga ni haga nada sospechoso, o le quemaré vivo. ¿Está claro?

Ekhild asintió con pesados movimientos de cabeza. Allen desmontó la trampa. Cuando terminaba la operación, recordó algo.

—Oiga, Ekhild —dijo—. Usted asegura que cada jefe de célula no conoce más que un número de teléfono o videófono. Pero Rya conocía, además, su dirección completa.

Ekhild soltó un bufido.

—Ella y yo... Bueno, no es fea del todo y yo no soy de palo —contestó, malhumoradamente.

—¡Caramba, ahora resulta que los de fuera tienen los mismos defectos que los terrestres! —exclamó Allen jovialmente.

Tres horas más tarde, Ekhild quedaba abandonado en una extensión de terreno totalmente desierta.

—Le costará un par de días llegar a un lugar civilizado. Pasará hambre y sed, pero sobrevivirá, si camina por la noche —dijo Allen—. Ah, cuidado con las tarántulas y los escorpiones. La contaminación no alcanza a estos parajes, ¿entiende?

El coche se alejó, perseguido por una sarta de maldiciones que Allen estimó horrendas, ya que no entendía el idioma de T-Kmon. En su furia, Ekhild se olvidó de insultarle en terrestre.

—Bueno —dijo la chica—, y ahora, ¿cómo encontraremos al tipo que tiene ese número videofónico?

—Creo que los hoteles estarán ya un poco más despejados. Déjamelo de mi cuenta, ¿quieres?

* * *

Al atardecer del día siguiente, Allen se reunió con la muchacha. Frydia lo acogió con vivas muestras de alegría, pero, más que nada, porque desaparecían de su ánimo las aprensiones que había sentido hasta entonces.

—¿Y bien? —dijo.

—Ya lo he localizado —contestó Allen.

—¿Iremos a verle hoy mismo?

Allen consultó su reloj.

—Me siento un poco cansado. Podríamos ir por la mañana —sugirió.

—Has trotado mucho, ¿eh? —preguntó ella, mirándole con simpatía.

—Un poco.

—Espera, te traeré café.

Allen se dejó caer sobre un diván. En el hotel en que se alojaban, la normalidad era casi completa. Sólo dos plantas estaban ya reservadas para los heridos más graves, a los que resultaba imposible mover, hasta su mejoría.

Cuando Frydia regresó con el servicio de café, le hizo una pregunta

--¿Puedo saber el medio empleado para llegar de T-Kmon hasta la Tierra?

—Astronave.

—Más rápida que la luz, supongo.

—Con dispositivo compensador del tiempo, que sufre distorsión en el viaje.

—¿Qué se tarda?

—Poco. Una semana de aceleración, dos a plena velocidad y otra de deceleración.

—Noventa y dos años luz recorridos en un mes. ¡Buena marca! ¿Dónde está la nave?

Frydia hizo un gesto gráfico con las manos.

—En ninguna parte. Por eso te dije que no podíamos regresar —contestó.

—A ver, explícate.

—Es bien sencillo. La Tierra cae dentro de la esfera imaginaria, cuyo centro es T-Kmon y cuyos bordes externos sobrepasan en unos pocos cientos de millones de kilómetros la autonomía orbital de la nave. Por más esfuerzos que se han realizado hasta el momento, no se ha logrado conseguir un motor de mayor potencia, aunque, en realidad, no es cuestión de potencia, sino de combustible. Pero si se sobrepasa una determinada cantidad de éste, puede entrar en una fase inestable, que provocaría su explosión y la consiguiente destrucción de la nave.

—Entiendo. De modo que el aparato...

—A velocidad infralumínica, siguió una órbita que lo llevará hasta el Sol. Yo descendí usando propulsores individuales, con traje de vacío, por supuesto.

El suelo vibró ligeramente de pronto.

Allen se puso en pie. En la calle sonaron gritos de terror.

—¡Otro terremoto! —exclamó el joven.

Las sacudidas duraron varios minutos, pero eran muy leves. Se rompieron algunos cristales, las lámparas temblaron y algunos cacharros cayeron al suelo, pero, aparte de ello, no hubo más daños.

Allen miró a la muchacha. El bello rostro de Frydia estaba cubierto de sombras.

—¡Sxynold ha conseguido arrancar otro fragmento de gravitonita! —exclamó Frydia.

CAPÍTULO IX

Estaba terminando de vestirse, cuando oyó el ruido de la puerta que se abría.

—¡Crash! ¿No podías llamar antes de entrar? —exclamo ella,

irritada, a la vez que corría a ocultarse tras un biombo.

—Dispensa, estaba tan preocupado que... En la ciudad no ha ocurrido nada de particular, pero sí en México. Aparte de algunos pueblos pequeños y aldeas, tres ciudades de importancia han resultado destruidas casi por completo.

Ella se puso la blusa y salió del biombo. Agarró el periódico que Allen traía en las manos y leyó las titulares.

—Durango, Zacatecas y San Luis, en México —murmuró—. Están, prácticamente, en línea recta, noroeste- sudeste.

—Y también lo están con El Altar y Hermosillo, que resultaron gravemente dañadas en el anterior terremoto. Esas dos ciudades también están situadas en línea con la nuestra, pero mucho más cerca; por eso, el terremoto que nos afectó, las afectó a ellas igualmente, aunque con cierta menor intensidad —¡dijo Allen.

Frydia se sentó en una silla y puso las manos sobre el regazo.

—Sxynold se encuentra en un punto de esa línea —aseguró.

—Sí, pero ¿dónde? Porque son lo menos dos mil kilómetros... y, además, es de suponer que la línea sísmica tenga cierta anchura...

—Entre cien y ciento cincuenta kilómetros.

Allen silbó.

— Eso significa algo así como dos o trescientos mil kilómetros cuadrados de terreno por explorar —calculó.

—Aproximadamente —convino Frydia.

—Bueno, pero tenemos al tipo que ocupa el peldaño superior a Ekhild. ¿Vamos a verlo?

—Desde luego.

Inmediatamente, salieron del hotel. Tuvieron que bajar a pie; los ascensores aún no funcionaban.

Mientras descendían, Frydia sintió curiosidad por conocer una cosa.

—¿Quién te dijo el domicilio de ese sujeto, basándose solamente en el número videofónico?

Allen sonrió.

—Todavía tengo amistades en la empresa Ferguson. Mi antigua secretaria tiene una hermana telefonista. Esta, a su vez, lo averiguó por una amiga, especialista en el centro de comunicaciones de la ciudad.

—Ya entiendo. Y, supongo, las tres son guapas.

—Dos, sí; la tercera no sé, no la conozco.

—Especie de sinvergüenza —dijo Frydia.

Allen se echó a reír. De repente, alguien le golpeó con fuerza en la espalda.

—¡Crash! ¡Crash Allen! —sonó una voz jubilosa.

El joven se volvió. Un hombre, algo mayor que él, le miraba

sonriendo.

—Hola, Ted Calty —dijo Allen—. ¿De dónde diablos sales? ¿No te pasó nada en el terremoto?

—Por fortuna, estaba en casa, con la familia. El edificio resistió, aunque pasamos un miedo espantoso... Pero ¿quién es esa beldad?

—Frydia. —Ellen se volvió hacia la chica—. Te presento a Ted Calty, un buen amigo y compañero de trabajo.

—Ex subordinado —rió Calty—. Él iba a ser mi jefe, cuando se casara con la hija del patrón. Por cierto, ¿sabes que Ferguson está ausente de la ciudad?

—No me interesa, Ted —contestó Allen.

—A mí tampoco, si he de decirte la verdad. Hace tiempo, se embarcó en el proyecto de una máquina que me pareció un disparate. Tuve que emitir mi informe. Soy un hombre asquerosamente honesto y dije que no. Siguieron adelante y yo me negué a colaborar en algo que no me gustaba. Resultado, despido.

—Vaya, lo siento.

—Oh, no te preocupes, ya tengo un mejor empleo. Allí, por lo menos, me pedirán que proyecte nuevas máquinas con un mínimo de sensatez,

—Señor Calty, ¿en qué consistía la máquina que usted debía proyectar y a cuyo trabajo se negó? —preguntó Frydia.

—Oh, si quiere que le diga la verdad, no lo sé..., pero ¿proyectaría usted unas tijeras para cortar madera? Proyectaría una sierra, por supuesto. No sé si habrá entendido la metáfora.

—Más o menos —admitió ella.

—Eres muy oscuro, Ted —acusó Allen.

—Lo siento. Digo lo que sé. La máquina me parecía un disparate y renuncié, porque, además, no me daban todas las explicaciones que yo pedía. Un trasto como ése, jamás se ha hecho antes en este planeta, puedo asegurártelo, Crash.

—Toda máquina nueva nunca se ha hecho antes —dijo el joven.

—Está bien, como quieras. Bueno, adiós, pareja, tengo prisa.

Calty se marchó. Allen y Frydia continuaron su camino.

Un poco más adelante encontraron el coche, que no había podido estacionar en las inmediaciones del hotel. Subieron al vehículo y Allen lo hizo arrancar de inmediato.

—¿Cómo se llama el hombre que estaba sobre Ekhild? —preguntó la chica.

—Sorprendentemente, es una mujer. Y, lo que es más sorprendente todavía, ella y yo nos conocemos bastante.

* * *

Envuelta en un peinador de tul negro, bostezando aparatosamente por levantarse a una hora relativamente temprana, Bonnie Cluther cruzó la sala y abrió la puerta.

—Hola, Crash —sonrió, al reconocer a su visitante—. Pero ¡qué sorpresa!...

—Lo mismo digo yo, Bonnie --contestó Allen, muy serio—. Te presento a Frydia.

—¿Tu nueva amiguita? —preguntó Bonnie irónicamente.

Frydia contempló a la mujer, que andaba ya por los treinta años y poseía una silueta de contornos exuberantes. Era rubia y en su cara había una singular expresión de malicia, en la que se adivinaba una buena dosis de experiencia de la vida.

—Es mi amiga, sin diminutivo —contestó Allen—. ¿Podemos hablar contigo, Bonnie?

—Claro. Si no te importa, me pondré una copa...

—Temprano bebes, Bonnie.

La rubia se encogió de hombros.

—He de ponerme en forma —contestó, vuelta de espaldas a la pareja—. Bien, Crash, dime qué te trae por aquí. ¿Acaso vienes a contarme tu disgusto por haber roto con Annie Ferguson?

—Te has enterado, ¿eh?

Bonnie se volvió, con la copa en la mano, y sonrió.

—Tenía que pasar —contestó—. Tarde o temprano, te enterarías de que la bella y dulce Annie Ferguson estaba liada con otro hombre.

—Tiene usted un lenguaje muy... especial, señora Cluther —dijo Frydia.

—No sé emplear otro —contestó la dueña de la casa, con un encogimiento de hombros. Por encima de la copa, miró a Allen maliciosamente—. ¿Te gustaría saber el nombre del tipo que andaba en devaneos con tu prometida?

—Eso no es relevante ahora...

—Se veían con mucha frecuencia en mi local. Siempre tenían un reservado listo para ellos. ¡Pobre Ronnie! Y pensar que murió apuñalado por un ladrón que entró a robar... —La rubia soltó una estridente carcajada—. Bonnie, Annie, Ronnie... Tres nombres muy parecidos, ¿verdad? Por lo menos, de la misma terminación...

Frydia se sobre saltó.

—¿Ha dicho Ronnie, señora? ¿Ronnie Mac Adam, por casualidad? --preguntó.

Bonnie dejó de reír.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Leo los periódicos —dijo Frydia, con voz incisiva.

—Bueno, no tiene importancia. Crash no ha sido ni será el primer hombre engañado por una mujer.

—Tienes razón, Bonnie, eso no tiene ahora ninguna importancia. Hemos venido a otra cosa —dijo Allen—. A preguntarte, por ejemplo, si conoces a un tipo llamado Ekhild.

—¡No!

Bonnie vació la copa de un trago, la dejó a un lado y se dispuso a salir de la habitación.

—Perdonen, pero he de bañarme —dijo—. Buenos días.

Bonnie se alejó. De repente, se oyó una voz extraña que pronunciaba algo ininteligible para Allen.

El joven tardó algunos segundos en darse cuenta de que era la voz de Frydia, que sonaba con trémolos coléricos, imperativos. Bonnie se detuvo en seco.

La rubia estuvo así un instante. Luego, lentamente, se volvió, con la sonrisa en los labios, aunque terriblemente pálida.

—Señorita, si quiere insultarme, hágalo, al menos, en un idioma que yo pueda entender —dijo.

—Ella te ha hablado en el idioma común a las dos —manifestó Allen.

—Así es —confirmó Frydia—. Pero todavía hay más: tiene la mente bloqueada y no puedo penetrar en ella. Sólo soy capaz de percibir pensamientos hostiles hacia los dos.

Hubo un momento de silencio. La belleza había desaparecido del rostro de Bonnie.

Ahora sólo había una máscara de furia infinita, una expresión de odio indescriptible hacia sus visitantes.

Un ronco aullido brotó súbitamente de su garganta. Con veloz movimiento, se precipitó hacia la consola, pero Allen fue todavía más rápido y la rechazó de un violento empujón que la lanzó al suelo, con los pies por alto.

Allen abrió el cajón superior de la consola. Una pistola atómica pasó a su poder.

—Gradúala, Frydia —dijo.

—Con mucho gusto, Crash.

Bonnie empezó a levantarse. Todavía había llamas de odio en sus pupilas.

—No lo conseguiréis —dijo.

—¿A qué te refieres, hermosa? —sonrió Allen.

—Demasiado lo sabes. Nos llevaremos la gravitonita, os guste o no.

—Indudablemente, sabes dónde está el yacimiento, ¿verdad?

—No. Puedo jurarte que lo ignoro, aunque no me creas. —Bonnie cruzó los brazos bajo los senos opulentos—. Pero no te daré la menor indicación que te permita, y a esa maldita contigo, impedir nuestros planes.

—También quieres tu parte en la tajada de la venta de T-Kmon, ¿eh? —rió el joven—. Frydia, ¿está lista la pistola?

—Sí.

Allen se hizo cargo del arma. La boca del cañón apuntó al hermoso pecho de la mujer.

—Habla o morirás convertida en humo —amenazó.

CAPÍTULO X

Bonnie se puso todavía más pálida, pero no dio señales visibles de temor.

—¿Dispararás contra mí, después de lo que hubo entre ambos? —preguntó.

—Eso fue hace dos años. Desde entonces he tenido, por lo menos, una docena de sustitutas —contestó Allen sarcásticamente—. Y lo nuestro duró escasamente cuatro semanas.

—Claro, conociste a Annie.

—Dejemos esto a un lado. Demasiado sabes lo que nos unió, que no fue precisamente un amor duradero. ¿Quién es el que ocupa el peldaño superior al tuyo en la escalera?

—Averígualo tú mismo, ¿quieres?

Hubo un momento de silencio. Parecía como si Bonnie estuviera dispuesta a morir antes que hablar.

De pronto, Allen se dio cuenta de que la mujer pretendía ganar tiempo. Casi en el acto, se sintió asaltado por un agudo presentimiento.

—¡Frydia, al suelo! —gritó.

La chica obedeció maquinalmente. Al mismo tiempo, Allen saltaba hacia adelante y se escondía detrás de Bonnie.

Dos cegadoras llamaradas cruzaron la habitación. Bonnie gritó horriblemente, pero su alarido duró unos segundos.

Delante de Allen había dos hombres. Allen disparó repetidas veces, teniendo ya solamente como inservible parapeto la nube de humo en que se había convertido Bonnie.

Los dos hombres cayeron al suelo. Chillaban de un modo espeluznante, a medida que su organismo se transformaba en humo. Allen volvió los ojos a un lado.

De pronto, tiró la pistola a un lado.

—No usaré más una de estas armas tan horribles —dijo.

Frydia, todavía en el suelo, se apoyó en una mano.

—Lo siento, Crash —murmuró.

Ya no había rastro de Bonnie ni de sus dos acólitos. Allen sintió que necesitaba un trago y llenó una copa.

El licor le reanimó un tanto. Frydia se había puesto en pie. Allen la miró casi con rabia.

—¿Es que no vamos a llegar nunca a la cima de la escalera? —preguntó, con acento tronante de furor.

—Lo siento —murmuró Frydia—. Debí haberme marchado, después de que me sacaste de la botella, pero no me atreví… Temía que los secuaces de Sxynold me encontrasen y pensé que en tu casa

estaría más segura...

—Te equivocaste. Al día siguiente, te encontraron con muchísima facilidad.

—Sí, pero ¿cómo sabían que yo estaba allí?

Allen guardó silencio un instante. Luego meneó la cabeza.

—Esto es algo en lo que debíamos haber pensado desde un principio —dijo—. Había sólo un sitio en el que podían saber dónde estaba la botella azul.

—La casa de Ferguson —dijo Frydia.

—Exactamente —confirmó él.

* * *

El coche se detuvo ante la verja de acceso al parque de los Ferguson. Allen saltó del vehículo y se acercó a la entrada.

La verja estaba entreabierta, El guardián de aquel sitio no se hallaba a la vista.

Allen abrió. Luego volvió al coche y avanzó hacia la casa.

Jenkins en persona salió a recibirle.

—Señor Allen —exclamó, sorprendido.

Sin perder la calma, Allen sacó un revólver, con el que encañonó al mayordomo.

—Es terrestre, Jenkins —dijo—. He decidido no emplear Jamás armas t-kmonitas, como la que usted usó para incendiar mi coche.

—Le aseguro al señor que no entiendo...

—¡Media vuelta! ¡Adentro, Jenkins, con las manos en alto!

Una expresión de furia impotente apareció en el habitualmente imperturbable rostro del mayordomo. Jenkins levantó los brazos, giró sobre sus talones y entró en la casa. Allen y Frydia lo hicieron tras él.

—¿Dónde está la señorita? —preguntó Allen, ya en el vestíbulo..

—Ha salido —contestó Jenkins, con voz opaca.

—El señor Ferguson, supongo, en su oficina. Y su esposa debe seguir todavía ausente de la ciudad.

Jenkins hizo un leve movimiento afirmativo.

—Bien —dijo Allen—, esperaremos a que vuelva Annie. Camine al salón, Jenkins.

El mayordomo obedeció sin replicar. De pronto. Allen recordó una cosa.

—Frydia, ¿es Jenkins un telépata? —preguntó.

Ella demoró la respuesta unos segundos, mientras sondeaba la mente del aludido.

—Por lo menos, yo no capto emisiones de gran intensidad. Nos está poniendo verdes, pero eso es todo.

—Lógico —rió el joven—. El también pertenece a la banda de

Sxynold, ¿no es así?

Frydia habló en su idioma. Jenkins le contestó de la misma manera, pero con una terrible aspereza, con una cólera que sólo a duras penas era contenida por el revólver que empuñaba Allen.

—¿Qué le has dicho y qué te ha respondido él? —preguntó Allen, cuando ya llegaban a la puerta del salón.

—Le he preguntado dónde está Sxynold. Él me ha mandado a Jxekhathani.

—¿Qué es eso?

—El diablo, en nuestro idioma —rió la muchacha.

Jenkins abrió la puerta del salón. Encima de una mesita había un videófono.

—Bien, ahí está el aparato al cual se dirigía Bonnie Cluther —exclamó el joven.

—Eso significa que uno de esta casa es el escalón superior.

—Sí.

Avanzaron unos pasos. De repente, algo duro golpeó la muñeca de Allen, y el revólver saltó por los aires.

Frydia lanzó un grito:

—¡Cuidado, Crash!

Annie, agilísima, surgió inesperadamente ante los dos jóvenes. Llevaba algo en la mano derecha.

Allen se dispuso a arrojarse hacia ella. De pronto, un chorro de gas le dio en pleno rostro.

La pérdida del conocimiento fue casi instantánea.

Aunque no lo vio, se imaginó que a Frydia le sucedía algo parecido.

* * *

Despertó, pasado un tiempo que no sabía calcular, y sintió al principio unas náuseas, pero se le pasaron bien pronto. Algo más rehecho, se sentó en el suelo, que notó duro y frío.

Sintió algunos escalofríos y agitó el cuerpo como un can. Luego miró a su alrededor.

Todo era azul. ¿En qué habitación había sido encerrado, cuyas ventanas tenían los cristales azules?

De repente se dio cuenta de que no había ventanas. ***Todas las paredes eran azules.***

Los pelos se le pusieron de punta. Hizo un esfuerzo, se puso en pie y pegó la nariz a la pared de su cárcel azul.

Estaba en un lugar que conocía muy bien: el salón de la residencia de los Ferguson. En la dirección que miraba, el salón tenía diez metros de anchura. Puesto que su estatura se había rebajado

cinco veces, la pared del lado opuesto le hizo el efecto de estar situada a cincuenta metros.

Cerró los ojos un momento. ¿Cómo habían disminuido su tamaño?

¿Qué máquina fantástica empleaba aquella gente para reducir las dimensiones de una persona y convertirla en un muñequito?

Pero otra pregunta, aún más acuciante, invadió su cerebro súbitamente: ¿Dónde estaba Frydia?

—Aquí, aquí —sonó de pronto la voz de la muchacha.

Allen se volvió a derecha e izquierda. De pronto, vio una botella muy parecida a la suya. Frydia, en el interior del recipiente, agitaba las manos para llamar su atención.

—¿Estás bien, Crash?

—Sí. ¿Cómo te encuentras tú?

—Imagínate. Hemos sido derrotados, Crash —«dijo» mentalmente la chica, llena de decepción.

Allen se sintió maravillado.

—Puedo comunicarme contigo telepáticamente —manifestó.

—Sí. En cierto modo, la reducción de tamaño mejora tus facultades mentales. Aparte de que no por nada te elegí yo para que me ayudaras.

—¿Cómo?

—El día que me llevaste a tu casa, yo sondeé tu mente mientras dormías. No fue fácil: estaba llena de vapores alcohólicos; pero, aun así, pude darme cuenta de que eras muy receptivo, con facultades emisoras en potencia muy notables.

—Ya entiendo. Pero ahora estamos encerrados aquí… ¿Para siempre, Frydia?

—Quizá se diviertan un tiempo con nosotros.

—¿Y después?

—Ya no constituiremos ninguna diversión para ellos.

El joven adivinó el sentido de aquella respuesta y se estremeció.

—Esto no me gusta —rezongó—. Frydia, ¿no hay forma humana de salir de nuestra cárcel de vidrio?

—No. Recuerda el sello.

Allen miró hacia arriba. La botella, de adorno, medía, en total, setenta centímetros. Le pareció que el extremo inferior del tapón, ya en el interior del cuello del recipiente, estaba a unos cuatro o cinco metros de altura.

Las paredes eran absolutamente lisas. Por otra parte, ¿no le había hablado Frydia de los poderes mágicos de un tapón con los setenta y dos sellos de Ix-Jhur?

De repente, un rostro enorme, gigantesco, apareció al otro lado del muro de cristal azul. Allen retrocedió instintivamente, aterrado

por la vista de aquella boca, cuya dentadura le pareció espantosamente fuerte, capaz de partirle en dos de un solo bocado.

La boca estaba distendida de un modo peculiar. Allen tardó algunos segundos en darse cuenta de que, cuando tenía su tamaño normal, había besado muchas veces aquellos labios rojos y jugosos, que ahora componían una enorme sonrisa de burla.

—Hola, preso —dijo Annie Ferguson.

CAPITULO XI

La voz de la joven sonó musicalmente en el interior de la botella. A Allen le pareció hallarse en el interior de una gigantesca cúpula, que amplificaba los sonidos hasta límites increíbles.

Annie golpeó la botella con el índice. Fue un tintineo de enorme volumen, cuyas ondas sonoras repercutieron dolorosamente en los tímpanos del prisionero.

—Resulta divertido verte ahí adentro —dijo Annie— ¿Sabes cuánto tiempo vas a estar ahí?

—No. Tú me lo dirás, ¿verdad?

Annie movió una mano descomunal. Aquellos dedos podrían haber hecho pulpa el cuerpo de Allen con toda facilidad.

—No hay prisa. Me gusta verte ahí adentro. Eres un muñequito encantador Y tu chica, también.

Annie exhaló una estruendosa carcajada. Esta vez, las ondas sonoras agitaron el cuerpo de Allen, sacudiéndole casi como si estuviera en el centro de un tremendo vendaval.

Cuando se alejó el ruido, Allen se encontró tendido en el fondo de la botella, aturdido y sin resuello. Hubo de pasar algún tiempo antes de que se sintiera mejor.

Annie se había ido. Allen se sentó en el suelo.

—¡Crash! —gritó Frydia.

—No te preocupes por mí, nena, ya estoy bien.

—Esa horrible mujer nos va tener aquí mucho tiempo...

—Saldremos, te lo aseguro.

—Ahora no tenemos fuerzas para romper la pared de vidrio, Crash.

Los labios de Allen se juntaron repentinamente.

Era bastante fuerte. Quizá, si lo intentaba, podía romper a patadas las paredes de la botella. Pero pronto desistió de la idea.

Ahora, debido a la reducción de sus dimensiones, la botella tenía un grosor comparativamente cinco veces mayor. Era como si, en su tamaño habitual, hubiera sido encerrado en una cárcel de cristal, cuyos muros tuviesen veinticinco centímetros de espesor. No era demasiado, pero en estado normal y sin herramientas adecuadas, le habría sido imposible quebrar con las manos una pared de tal grosor.

Pero ¿no había otro medio de salir de allí?

—Frydia —llamó.

—Dime, Crash.

—Si salimos de aquí, recobraremos nuestro tamaño normal, ¿no es así?

—Cierto.

—Primero sobrevendrá la etapa gaseosa y luego volveremos a

ser como éramos.

—Sí, en efecto.

—¿Por qué la etapa gaseosa, Frydia?

—Es la dilatación molecular. No puede realizarse si no es en esa forma —respondió ella.

Allen empezó a pensar. De pronto, se quitó la cazadora.

Tenía algo de calor. Estaría mejor en mangas de camisa, se dijo. Pero, inesperadamente, se sintió abrumado por una enorme cantidad de tejido.

—¿Qué diablos pasa aquí? —gruñó.

—Crash, tu cazadora ha recobrado el tamaño normal! —gritó Frydia.

Allen procuró salir de debajo de aquel montón de tela, que apenas si cabía en el interior de la botella.

—Pero ¿cómo diablos ha podido ocurrir? —exclamó.

—Todo lo que llevas puesto conserva el tamaño reducido, mientras, de una forma u otra, esté en contacto con tu cuerpo —declaró la chica—. Es algo referente a la tensión molecular, de la que tú eres centro y origen. ¿Me comprendes?

—No mucho, pero toco los resultados prácticos —respondió él.

Registró la cazadora. Lo único que pudo encontrar fue un lápiz de metal, que ahora le parecía un poste de telégrafos.

Pero incluso aquella improvisada herramienta no era suficiente para quebrar la pared de vidrio. De pronto, se miró la mano.

Tenía en el anular una sortija con tres brillantes, regalo de Annie. Hacía ya mucho tiempo que la llevaba y, habituado a ella, no se había acordado de devolvérsela el día que le entregó los restantes obsequios.

Frunció el ceño. Tal vez sí...

Súbitamente, se arrancó la sortija del dedo. Casi en el acto, se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Diablos, cómo pesa!

Aquella sortija, ahora, tenía el diámetro de su cintura. Allen se inclinó y la levantó con ambas manos.

—Frydia, creo que dentro de unos minutos vamos a poder salir de nuestro encierro —exclamó, jubilosamente.

Aplicó el diamante central al vidrio y apretó con todas sus fuerzas. El chirrido de la gema al deslizarse sobre el vidrio era horrible, pero lo soportó estoicamente. Por otra parte, y dadas las características de su encierro, no necesitaba abrir un agujero demasiado grande.

Sudó copiosamente. Al fin, consiguió trazar un círculo de un par de centímetros de diámetro, a otro tanto del fondo de la botella.

—Bueno, vamos a ver qué tal resultado da mi idea —dijo,

cuando hubo terminado la operación.

Empujó con las dos manos, pero el cristal no cedió. Tras unos segundos de reflexión, Allen se tumbó en el suelo, con los pies dirigidos hacia la pared de cristal.

Encogió las piernas. Tomó aliento y los pies, disparados con tremenda potencia, golpearon el sector marcado por el diamante.

Se oyó un chasquido musical. Un disco de cristal salió disparado.

De súbito, Allen se sintió envuelto en un rugiente torbellino. Todo cuanto le rodeaba, desapareció de su vista. Su estómago fue sacudido por una fuerte náusea. Pero un segundo después, se encontró tendido en el suelo, encima de algo que no era precisamente vidrio.

Tocó el suelo con la mano. El consolador tacto del tejido de una alfombra le hizo saber que había recobrado su tamaño normal.

—¡Crash, lo has conseguido! —gritó Frydia.

Allen se puso en pie. Acercóse a la botella y quitó el tapón.

Frydia se colgó de su cuello instantes más tarde.

—Me parece mentira —suspiró, con la cara pegada a la del joven.

—Bueno, a juzgar por lo que yo siento, esto no es precisamente un sueño —rió Allen, satisfecho. La besó rápidamente y añadió—: Pero ahora lo que interesa es salir de aquí cuanto antes.

De pronto, se oyeron pasos al otro lado de la puerta.

—Escóndete, Frydia —aconsejó Allen.

Ella corrió a situarse tras unas cortinas. Allen agarró una de las botellas y se situó detrás de la puerta.

Alguien abrió, a la vez que decía:

—Ahí verás dos botellas. Mételas en un saco, bien lastrado con piedras, y tíralas al mar. ¿Entendido?

—Sí, señor, lo que usted diga.

Dos hombres penetraron en el salón. Como la vez anterior. Allen dejó pasar al primero, que era Jenkins. Luego golpeó al otro con la botella en la cabeza.

Se oyó un estallido de vidrios. El sujeto se desplomó fulminado.

Jenkins se volvió velozmente. Allen había conservado en la mano el gollete, largo de más de veinte centímetros, y alargó la mano, colocando los vidrios astillados junto a la cara del mayordomo.

—¡Quieto!

Jenkins se puso lívido. Frydia abandonó su escondite, corrió hacia el mayordomo y le quitó la pistola.

—Interrógale, Crash —dijo.

—Sí. Jenkins, ¿dónde está Sxynold ahora?

La cara del mayordomo aparecía cenicienta. Detrás de él había una pistola. Delante, unas agudas puntas de vidrio, que podían destrozarle las facciones con un solo golpe.

Pero, de repente, se oyó un sordo rugido.

El suelo osciló. Una lámpara se desprendió del techo y se estrelló contra el suelo con tremendo estrépito.

Estallaron algunos vidrios. Una estantería, repleta de libros, se desplomó ruidosamente.

—¡Terremoto! —gritó Allen.

—¡Salgamos, antes de que sea demasiado tarde! —exclamó Frydia.

Allen levantó el pie y arreó a Jenkins una venenosa patada en la ingle. El mayordomo se inclinó, con un rictus de agonía en los labios.

El fragor era horrible. Allen maldijo en su interior al hombre que, por codicia, estaba causando horribles catástrofes.

A trompicones, pudieron salir al jardín. Apenas lo habían hecho, la casa se desplomó de golpe, con un ruido ensordecedor.

Allen y Frydia trataban de escapar, vacilando y cayéndose, a causa de las oscilaciones del terreno. De repente, se oyó un terrible crujido.

Frydia lanzó un grito agudísimo. El suelo se había abierto bajo sus pies.

Allen apenas si tuvo tiempo de sujetarla por una mano, mientras la grieta se ensanchaba con enorme rapidez. Grandes chorros de vapor surgieron silbando de la hendidura, que se prolongó rapidísimamente en ambos sentidos. Los escombros de la casa de Ferguson desaparecieron en el interior de aquella colosal grieta, que, en pocos segundos, había alcanzado más de treinta metros de anchura, por otro tanto de profundidad.

Allen tiró de la muchacha, arrastrándose ambos por el suelo. Un árbol, repentinamente desgajado, cayó a pocos pasos de ella.

El ruido del terremoto, semejante al bramido de una bestia apocalíptica, duró algunos minutos. Luego, los sonidos fueron apagándose hasta dar paso a un tétrico silencio.

CAPÍTULO XII

Podía decirse que la ciudad estaba prácticamente destruida.

Muy pocos eran los edificios que habían resistido en pie. La mortandad era enorme.

Los supervivientes vagaban entre las ruinas, gimiendo y llamando a familiares y amigos. Ya no había tropas ni fuerzas policíacas que mantuvieran el orden.

Reinaba la ley del más fuerte. El que conseguía ropa o alimentos, lo hacía a viva fuerza o por la violencia, y así defendía sus preciados hallazgos.

Allen y la muchacha presenciaron escenas espantosas. Algunos policías intentaron ordenar un poco aquel caos, pero fueron arrollados, y en más de un caso, aplastados y muertos por las multitudes enloquecidas.

—Tenemos que irnos de la ciudad, Frydia —dijo Allen, a la vista de aquel espectáculo de salvajes, en donde sólo imperaba la ley del más fuerte.

Ella asintió.

—No tengo la alfombra, pero puedo conseguir otra que vuele —dijo—. En estos momentos, es nuestro único medio de transporte.

Había una tienda abandonada, medio en ruinas. Entraron en ella y consiguieron encontrar una alfombra de dos metros y medio de largo por casi dos de anchura. Allen la enrolló y salieron de nuevo a la calle.

—Ahora falta el propulsor —dijo.

—Se quedó en el hotel —manifestó la chica.

Allen contempló el hotel. Ahora ya no era más que una montaña de escombros

—A tiempo salimos de las botellas —se estremeció.

Jenkins y su acólito habrían muerto, pensó. Pero ¿dónde se había ido Annie?

—Hemos de buscar los elementos para construir un nuevo propulsor —dijo Frydia.

—¿Sabes hacerlo?

—Sí.

Siguieron su camino. Nadie reparaba en ellos. A veces veían a un hombre o una mujer, arrodillados junto a los cadáveres de los seres queridos, sollozando desesperadamente. Allen se dijo que era inútil tratar de ayudar a la gente. No conseguirían nada y, además, tenían otra misión más importante que cumplir.

Al cabo de media hora, encontraron una tienda de herramientas y material eléctrico. La fachada estaba derrumbada en parte y había

muchos escombros en el interior, pero todavía se conservaban intactas buena parte de las existencias.

Frydia se dirigió sin vacilar hacia el local.

—Ayúdame, Crash —pidió.

El joven la siguió. Ella empezó a rebuscar entre los artículos que había en las distintas estanterías. Allen tomaba todo lo que ella le entregaba.

Al cabo de un rato, habían llenado dos bolsas de buen tamaño, con elementos y herramientas. Allen, muy práctico, buscó por el interior de la casa y encontró un frigorífico, de cuyo contenido se apoderó sin sentir remordimientos.

—Ya estamos listos —dijo Frydia.

—Un momento —exclamó él—. Se me está ocurriendo una idea.

—Dime, Crash.

—Ese propulsor antigravitatorio que vas a construir necesita una fuente de energía. Y yo no he visto que cogieras ninguna pila...

—No la necesito. —Frydia palmeó algo que pendía de su cadera derecha—. Emplearé la unidad de energía de la pistola. Con una pila corriente no levantaría ni la pata de una mosca.

—Oh, muy bien. Vamos.

Salieron a la calle. Un hombre les apuntó de repente con una vieja escopeta.

—Quiero comida —exigió, roncamente.

—Lo siento, no tenemos —dijo Allen.

El hombre le encañonó directamente al cuerpo. Allen sintió que se le encogía el estómago.

—Comida —gruñó.

Allen miró al individuo. Ya no era un ser humano, era una fiera, en la que sólo había instintos primarios. Aquel sujeto era capaz de cualquier cosa para conseguir comer.

—Está bien —dijo.

Y se descolgó una de las bolsas del hombro izquierdo, pero, en lugar de entregársela al individuo, la arrojó con todas sus fuerzas contra la escopeta.

El impacto desvió el arma, cuyos cañones emitieron un rugido. El hombre se tambaleó hacia atrás. Allen sintió un vivísimo escozor en el costado izquierdo, pero, dominando el dolor, saltó contra el sujeto y lo derribó al suelo con dos fuertes puñetazos.

—Paso libre —gruñó.

—¡Estás herido! —gritó Frydia de repente, al ver sangre en el costado del joven.

—No es nada; sólo unos cuantos perdigones... Pero estuvo a punto de partirme por la mitad.

—Te curaré —dijo ella.

—Ahora, no; en estos momentos nos interesa salir de la ciudad cuanto antes.

Echaron a andar. Allen se puso un pañuelo sobre la carne. La hemorragia no era intensa, pero las diminutas heridas, había al menos diez o doce, le hacían sufrir bastante.

Sin embargo, hizo un esfuerzo para dominar el dolor. Tenía una navaja en el bolsillo; sería cosa de afilarla para que Frydia pudiera extraerle aquellos molestos cuerpos extraños.

Encontraron también un bar abierto. Allen se apoderó de un par de botellas, sin el menor escrúpulo.

Aquella tarde, acamparon en la ladera de una colina, desde la que se dominaba una extensa vista.

El panorama era estremecedor. Había incendios por todas partes. El humo subía a gran altura. En algunos sitios, se divisaban personas que huían de la zona de la catástrofe.

Allen se sentía muy cansado. El dolor, si bien se había atenuado en parte, no había cesado por completo. No lejos de allí, pasaba un arroyo, en el que tomó un baño.

La carne estaba muy inflamada en el lugar donde habían entrado los perdigones. Allen se dio cuenta de que podía sufrir una infección. Incluso creía sentir los síntomas premonitorios de la fiebre.

—Era lo único que me faltaba —gruñó.

Frydia se dio cuenta de su estado.

—Tiéndete sobre la alfombra —señaló.

—Pero la necesitamos...

—Aún tardaré varios días en tener listo el mecanismo propulsor. Y no tenemos una sola manta.

Allen comprendió la sensatez del consejo. Se echó sobre la alfombra y ella le envolvió con el tejido. Casi en el acto, Allen sintió que se dormía profundamente.

El dolor se alejó.

* * *

Sintió una especie de pinchazo en el costado izquierdo y gritó.

—Vamos, cobarde, domínate.

Allen abrió los ojos. Arrodillada a su lado, Frydia manejaba algo que no era precisamente un bisturí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Trato de sacar los perdigones —contestó ella.

El pinchazo se repitió. Frydia rió jubilosamente.

—Ya sólo quedan ocho —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Un anulador direccional de la gravedad. Todavía no es el

propulsor, pero tuve que construirlo, a fin de poder sacarte los perdigones.

Allen se dio cuenta entonces de que estaba tendido sobre un costado y con el torso desnudo. Frydia aplicó el aparato a la piel y la sensación de pinchazo volvió a repetirse.

—Estoy pensando una cosa —dijo él de pronto, mientras Frydia se disponía a extraer el siguiente perdigón.

—¿Sí?

—¿Cuántos días he permanecido inconsciente?

—Cinco —respondió ella—. La infección resultó muy fuerte, casi una septicemia. Por suerte, pasó un helicóptero de socorro. Me dieron unas cápsulas con antibióticos, un par de mantas y algo de comida. Les dije que no teníamos otro sitio adonde ir y se marcharon. Hay mucha gente en unas condiciones parecidas a la nuestra.

—Me siento muy débil, Frydia.

—Claro —rió ella—. Todavía pasarán días antes de que puedas levantarte.

—Y mientras tanto, Sxynold...

—Ha sacado más gravitonita. Los temblores se han repetido. Más ciudades han sido destruidas. El Gobierno está aterrado y no digamos los ciudadanos particulares. Nadie sabe qué pasa.

—Salvo nosotros, y no lo vamos a divulgar.

—Nadie nos creería, en efecto.

Frydia terminó de extraer los perdigones. Lavó las heridas con agua limpia y luego puso un rudimentario vendaje en torno a la cintura del joven.

—Ahora, una cápsula más de antibiótico —indicó.

Allen tomó el medicamento. Ella le trajo a poco un tazón de caldo.

—He tenido que hervir la carne de una lata —dijo, sonriendo.

Había una pequeña hoguera en las inmediaciones. Allen vio señales de demacración en el rostro de la muchacha.

—Has dormido poco —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —sonrió ella—. Sí, yo también estoy cansada, pero, si no lo hacía yo, ¿quién te iba a curar?

Allen hizo un gesto con la mano. Frydia se inclinó hacia él.

—Voy a besarte —dijo Allen.

—Magnífico.

Los labios de los dos jóvenes se unieron. Frydia se abrazó estrechamente a Allen.

—Tengo que decirte una cosa —murmuró.

—Soy todo oídos —respondió Allen.

—Ya no me importa quedarme en la Tierra para siempre.

Allen besó con ternura a la muchacha.

—Puedes estar segura de que jamás tendrás que arrepentirte de haber venido a mi planeta —dijo.

Permanecieron así unos minutos, muy unidos. De pronto, Allen escuchó música en las inmediaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó, asombrado.

—Oh, un receptor de radio. Me lo llevé de la tienda... ¿Cómo crees, si no, que he oído las noticias?

—Sí, tienes razón. Fue una buena idea.

La música se interrumpió de pronto.

Un locutor dijo:

—Queridos oyentes, acabamos de recibir una información según la cual el equipo de la expedición Terra Centrum, capitaneado por el profesor Penwirth, y del que les hemos hablado en anteriores ocasiones, se encuentra en perfectas condiciones, a pesar de lo sucedido en estos últimos días, no obstante hallarse a ciento treinta y siete kilómetros de profundidad...

Allen oyó aquello y lanzó una exclamación:

-- ¡Frydia, ya sé dónde está Sxynold!

CAPÍTULO XIII

Ella, todavía arrodillada, se sentó sobre los talones y miró con fijeza al convaleciente.

—Allen, ¿estás seguro de lo que dices?

—Querida, ¿a qué profundidad suele encontrarse la gravitonita?

—No hay una cota fija, pero nunca se encuentra a menos de cien kilómetros de la superficie —contestó Frydia.

—Bien, entonces, ahí está la solución.

Ella entornó los ojos.

—Tal vez tengas razón —convino.

—Es la primera vez que alguien desciende a semejante profundidad en la corteza terrestre —declaró él, con gran vehemencia —. Leí en periódicos y revistas especializadas todo lo referente a la Terra Centrum. Fue necesario construir máquinas potentísimas, perforadoras de nuevo diseño, refrigeradores, máquinas intubadoras y hasta mamparos especiales, que disminuirían la presión en el fondo del pozo. A esa profundidad debe haber varias atmósferas de presión, comprendes.

—Sí, ahora empiezo a ver claro.

—Aunque Sxynold haya tomado un aspecto enteramente terrestre, no pudo viajar hasta aquí, me imagino, con todo su equipo de maquinaria.

—Lo construyó en la Tierra. Elementos no faltan. Lo que se necesita es saber lo que ha de construirse.

—Ejemplo que se te puede aplicar a ti, en tu propulsor antigravitatorio.

—Sí, Crash.

—¿Cuánto tiempo hace que falta Sxynold de T-Kmon?

—Mucho. Años enteros. Veinte, quizá más.

—Es un tipo de paciencia, por supuesto. Yo pensé que habría venido hace menos tiempo.

—Crash, aunque se conocen las propiedades y efectos de la gravitonita, ni nosotros sabemos siquiera cuánto tardaremos en descubrir un bloque y mucho menos extraerlo a la superficie.

—Sí, parece lógico —convino él, pensativamente—. Pero, además, para construir toda esa maquinaria se necesita no sólo ingenio y conocimientos científicos, sino una poderosa base económica que permita todos esos gastos, indudablemente muy onerosos.

—Allen, ¿a quién conoces tú que se encuentre en esas condiciones? —preguntó la muchacha.

Hubo un instante de silencio. Ella le miraba expectante.

Al fin, Allen meneó la cabeza.

—No puedo darte una respuesta —manifestó—. Pero no cabe duda de que ya sabemos dónde está Sxynold. Ahora sólo falta que me cure. En cuanto esté bien del todo, emprenderemos el vuelo hacia Terra Centrum.

—¿Está muy lejos?

—Unos ochocientos kilómetros, en territorio mexicano.

* * *

Allen salió del arroyo y dejó que el sol secase su cuerpo. En el costado izquierdo había once señales circulares, todavía de color morado. Pronto tomarían el tono corriente de la piel, aunque siempre conservaría las señales del escopetazo que había estado a punto de acabar con su vida.

Al terminar de secarse, empezó a vestirse.

—¡Crash, la alfombra está lista! —gritó Frydia desde el campamento.

Allen caminó hacia la muchacha.

—¿Qué autonomía tiene nuestro avión? —preguntó, sonriendo.

—Oh, la pila es prácticamente inagotable. Podríamos dar la vuelta entera al planeta antes de que tuviéramos necesidad de reponer el combustible.

—Está bien. Creo que podemos irnos ya.

—Sí, Crash.

Cargaron el equipo y se sentaron en la alfombra. El suelo se agitó de repente.

—¡Arriba, arriba, Frydia! —gritó Allen.

La alfombra despegó en el momento en que un nuevo seísmo estallaba con indescriptible violencia.

Frydia hizo que la alfombra se elevase a gran altura. Desde el aire, pudieron presenciar el fantástico espectáculo de montañas que cambiaban de forma y ríos que nacían en lugares antes áridos. Enormes grietas deshacían el suelo y todas ellas tenían una misma dirección.

Frydia imprimió a la máquina la mayor velocidad posible, hasta que el viento desplazado por la marcha estuvo a punto de arrancarlos de la alfombra. Entonces, ella refrenó un tanto la velocidad.

Un bosque entero desapareció en una profundísima hendidura. Una colina pareció repentinamente falta de sustentación y se deslizó hacia abajo, en un colosal alud, que arrasó cuanto encontraba a su paso. Desde quinientos metros de altura, Allen y Frydia pudieron ver un campamento de refugiados que desaparecía bajo una masa de millones de toneladas de roca y tierra.

—Una cuenta más en el debe de Sxynold —dijo Allen sombríamente.

El terremoto cesó a poco. Ciudades arrasadas, humeantes, convertidas en montones de escombros, y miles de hogueras desfilaron bajo ellos. Escucharon la radio: se daban noticias, consignas, avisos, se reclamaban médicos, enfermeras, personal sanitario, voluntarios para los trabajos de socorro, se pedían alimentos y medicinas..., pero el desorden era patente. Jamás una catástrofe semejante había asolado una región tan extensa.

De pronto, cuando ya llevaban volando una hora, Allen lanzó una exclamación:

—Frydia, desvíate noventa grados al sudoeste —indicó.

—¿Para qué? —preguntó ella, extrañada—. Ese rumbo está en ángulo recto con el que debemos seguir...

—Ya lo sé. Haz lo que te digo, por favor.

Ella obedeció. La alfombra viró en un radio de quinientos metros, debido a la velocidad de marcha.

—Perderemos, quizá, dos horas, pero creo que merecerá la pena. Y, además, tenemos tres o cuatro días de tiempo —dijo él.

—¿Cómo lo sabes?

—Entre cada sacudida sísmica, me he fijado muy bien en ello, hay un intervalo de tres, cuatro días como máximo. Es el tiempo que necesita Sxynold para cortar y extraer un bloque de gravitonita.

—Sí, creo que tienes razón —murmuró ella.

Sesenta minutos después, Allen divisó una serie de construcciones en la ladera de una montaña. Algunos edificios aparecían derrumbados, pero, en general, el conjunto había resistido bastante bien las sacudidas sísmicas.

—Baja —ordenó.

Poco después, Allen caminaba hacia uno de los edificios. El lugar estaba completamente desierto.

La puerta aparecía cerrada. Allen saltó la cerradura a patadas. Frydia le contemplaba sin saber en absoluto cuáles eran las intenciones del joven.

Minutos más tarde, Allen salió con una caja en las manos.

—Dinamita, fulminantes y mecha —dijo.

—¿Para qué?

—Querida, son explosivos terrestres, pero terriblemente efectivos.

—¿Qué es lo que piensas dinamitar, Allen?

—Un pozo de ciento treinta y siete kilómetros de profundidad.

—¡Oh, ya comprendo!

La alfombra se elevó de nuevo.

—Hace años trabajé en esta mina un tiempo, para pagar mis

estudios —explicó él—. Ahora está abandonada, el personal habrá huido. Pero todos los materiales continúan en su puesto.

—Has tenido una buena idea, Crash —elogió Frydia.

—Ahora debo exprimir mi cerebro hasta el límite —dijo él—. Tengo que dar con la idea que nos permita acercarnos a Terra Centrum sin ser vistos.

—Si nos capturan, moriremos.

—Es lo que trato de evitar.

—Pero la dinamita matará a muchos...

—Decenas de miles han muerto ya —contestó él con sombrío acento, lo que disipó los últimos escrúpulos de la chica.

—Allen, tú sabes dónde está Terra Centrum.

—Sí, el emplazamiento no es secreto en absoluto. Lo que sí resulta secreto para todos es el real motivo de esa supuesta expedición geológica que se titulaba pomposamente «Al Centro de la Tierra». Además, mira hacia abajo.

La muchacha obedeció. Aún a quinientos metros de altura era fácil divisar las numerosas grietas abiertas en el suelo por el terremoto.

Todas las hendiduras seguían la misma dirección y las había en una anchura que oscilaba considerablemente, según los casos. A veces veían grietas casi en el horizonte, y Allen estaba seguro que aún había más fuera del alcance de la vista.

—Comprendo —dijo Frydia—. Basta seguir las grietas para llegar al escondite de Sxynold.

—En realidad, no hay tal escondite. Lo que sucede es que él no dijo nunca cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Frydia asintió. La tarde caía ya. Pronto tendrían que buscar un lugar para establecer su campamento.

CAPÍTULO XIV

La alfombra se deslizó lentamente, a ras del suelo, siguiendo las ondulaciones del terreno. Allen, en pie, trataba de avistar el campamento Terra Centrum.

De pronto, al llegar a la cima de una colina de notable elevación, divisó el objetivo.

—Para, Frydia.

La alfombra se detuvo inmediatamente. Allen saltó al suelo desde un metro de altura, gateó unos cuantos más y se tendió en la tierra, protectoramente oculto tras unas matas.

Frydia se le unió en el acto. Los dos pudieron contemplar el pretendido campamento geológico, situado a unos dos mil metros de distancia, en el fondo de un gran cuenco natural, rodeado por montañas y colinas, ninguna de cuyas cimas se hallaba a menos de quinientos metros del suelo en donde se hallaban emplazadas las principales edificaciones.

Uno de los edificios, sobre todo, era desmesuradamente grande en comparación con los restantes. Su forma era cupular y, en torno al mismo, patrullaban constantemente hombres armados.

—Ahí está !a astronave —dijo Frydia.

—¿Seguro?

—Claro. ¿Cómo se llevarían, si no, la gravitonita?

—Será la misma que le trajo...

—No. A la fuerza ha debido construirse otra aquí, en la Tierra. Puesto que es de T-Kmon, y contando con los materiales precisos, no le habrá resultado difícil, aunque sí costoso en tiempo y dinero.

—Seguramente vino bien «forrado», ¿eh?

Frydia hizo un gesto ambiguo. De pronto, Allen se fijó en una montaña que no parecía tener un origen natural.

—¿Qué es eso? —señaló con la mano.

—Los escombros, por supuesto. Han excavado un pozo de ciento treinta y siete kilómetros de longitud, con un diámetro de diez metros, por lo menos. Es lo que se necesita para poder maniobrar en torno al bloque de gravitonita.

Allen hizo un rápido cálculo mental; estaba bien dotado para las matemáticas.

—Eso significa que han extraído más de doce millones de metros cúbicos de tierra —dijo.

Era una obra ingente, ejecutada tal vez con máquinas construidas en la Tierra, pero cuyo proyecto había sido realizado a noventa y dos años luz. Sólo así se comprendía que hubiera resultado viable la perforación de un pozo de ciento treinta y siete mil metros

de profundidad.

Otro de los edificios era, según supuso, la central de fuerza. Debía necesitarse una enorme cantidad de energía para mover todas aquellas máquinas y, más todavía, para la rejilla anuladora de los efectos de la gravitonita.

Había también algunos edificios, evidentemente destinados a alojamiento, y otro que le pareció almacén de pertrechos. Allen supuso que los controles de todo debían estar en el mismo edificio donde se albergaba el generador de fuerza.

—Bien —dijo al cabo—, ya hemos visto bastante. Atacaremos a la noche.

—¿Vamos a estar aquí el resto del día?

—No. Buscaremos un lugar donde refugiarnos. Te daré un consejo, Frydia; procura dormir todo lo que puedas.

—Sí, Crash.

* * *

Al atardecer, cuando la luna asomaba ya por el horizonte, Allen vertió en el suelo los últimos restos de agua de la cantimplora.

—Ya no la necesitaremos —dijo—. Abajo beberemos... o nos quitarán la sed para siempre.

Con la tierra hizo un poco de barro, mediante el cual se embadurnaron el rostro. Sentíanse frescos y descansados, debido a las largas horas de reposo en el fondo de una pequeña oquedad que habían descubierto a varios miles de metros del campamento de Sxynold.

—Debemos actuar con precaución —añadió Allen a poco—. No contamos más que con mi revólver, ya que tu pistola quedó inutilizada para la construcción del propulsor de la alfombra.

—Haré todo lo que me digas, Crash —respondió ella.

Momentos después, emprendían la marcha. Allen había preparado ya varios paquetes, cada uno de los cuales estaba compuesto de una docena de cartuchos de dinamita, con su correspondiente mecha.

Al llegar a la cima de la colina, ya completamente de noche, dejaron la alfombra y continuaron a pie, procurando ocultarse en los arbustos, que abundaban en la ladera. Reinaba un silencio absoluto.

Poco a poco, fueron ganando terreno, hasta llegar al primer edificio, un barracón-dormitorio. Allen se pegó a la pared; los operarios ya dormían.

Había otro, más pequeño, pero de mejor aspecto, que supuso era el alojamiento de Sxynold. Allen prefirió dejar la entrevista con el sujetó para más adelante.

—Sígueme, Frydia.

Echaron a correr, guareciéndose en las sombras de los edificios. Momentos más tarde, llegaban al edificio cupular, que resultó ser mucho mayor de lo que habían imaginado desde lo alto de la colina.

—¿Vas a volar la nave? —preguntó ella.

—Sí. Por lo menos, le causaré los suficientes daños para evitar el despegue. Luego ya tendremos tiempo de discutir el asunto con Sxynold.

—Allen, permíteme... No quisiera influir en tu voluntad, pero ¿por qué no vuelas primero el pozo?

El joven se volvió hacia Frydia.

—No está mal pensado —dijo—. Pero ¿lo conseguiré con la dinamita? Los terremotos no parecen haber afectado a esta zona. El pozo, calculo, debe continuar intacto. O no podrían continuar extrayendo más gravitonita.

—Las ondas sísmicas no nacen justamente donde yace el mineral, sino algo más lejos, y aumentan en intensidad hasta determinados límites. Si tú me tiras una piedra a un centímetro de distancia, no me causarás daño; pero la cosa resultará diferente si estoy a dos metros. ¿Comprendes?

—Una explicación completamente satisfactoria. Efecto distante de inercia, diría yo.

—Algo por el estilo, Crash.

Allen hizo recuento de sus efectivos. Tenía cuatro paquetes de dinamita, de doce cartuchos cada uno. Dos cargas para el pozo, otra para la nave y la última para el generador de energía.

—Está bien, vamos.

Dieron un gran rodeo y se acercaron al pozo, sobre el cual había un enorme castillete, destinado al ascensor utilizado por los operarios. De repente, vieron a un centinela armado en las inmediaciones del pozo.

—Déjalo de mi cuenta —cuchicheó él.

Frydia se agazapó en el suelo. Paso a paso, Allen se acercó al centinela, aunque no lo hizo tan bien que su presencia no fuera advertida cuando ya sólo estaba a cuatro o cinco pasos de distancia.

El hombre se volvió y le encañonó con el arma.

—Eh, tú, ¿qué diablos haces? —exclamó.

—Hombre, venía a relevarte...

El centinela alargó el cuello.

—¿A relevarme... y sin armas?

De súbito, receló algo y se echó el fusil a la cara, pero Allen cargaba ya con el hombro.

Se oyó un agudo grito. Un cuerpo humano fue precipitado al vacío.

Allen se arrodilló para recoger el fusil. Un estremecimiento de horror recorrió su cuerpo al pensar en aquella espantosa caída de ciento treinta y siete kilómetros.

La dinamita estaba en el suelo, detrás de la consola de mandos del ascensor. Allen regresó en busca del explosivo y retornó nuevamente al pozo.

Sacó fósforos. Las dos mechas fueron prendidas simultáneamente.

Luego, con ambas manos, arrojó las cargas a la negra boca, de diez metros de diámetro, que se abría ante él.

La combustión de la mecha duraría un minuto largo. Era tiempo más que suficiente para que las cargas descendiesen en el vacío varios miles de metros.

Tranquilamente, recobró el arma y volvió junto a la muchacha. Cuando ya llegaba a su lado, se oyeron dos profundos truenos.

El suelo vibró ligeramente. Fragor de paredes que se derrumbaban llegó hasta los oídos de la pareja.

—Una música deliciosa —comentó él, a la vez que oprimía cariñosamente el brazo de la muchacha.

Sonaron gritos de alarma. Allen y Frydia retrocedieron cautelosamente.

—A la nave —murmuró el joven.

La luz de la luna permitía ver las nubes de humo y polvo que brotaban de la boca del pozo. Allen y la chica corrieron hacia la cúpula.

De pronto, ella se detuvo junto a una alta pila de cajones que, seguramente, contenían pertrechos.

—No podemos entrar —murmuró—. Hay un centinela en la puerta.

Allen vio al sujeto en pie, junto a la base del edificio, con el fusil terciado sobre el brazo. Giró la cabeza y divisó un grupo de hombres que corrían hacia el pozo.

Le pareció oír una voz femenina, muy colérica. ¿Annie?, se preguntó.

Era lógico, después de lo que había sucedido. Allen, a veces, creía soñar, pero estaba en el centro de una base extraterrestre, perfectamente enmascarada bajo la apariencia de una expedición científica.

La atención estaba polarizada en el pozo. Allen decidió continuar actuando.

—Cuando tosa, tráeme la dinamita, Frydia.

—Está bien.

Allen echó a andar con paso firme hacia el centinela.

—Menudo jaleo, ¿eh? —dijo, con aire banal, al llegar junto al

individuo.

—He oído explosiones. ¿Qué ha pasado?

—El pozo. Algo ha debido estallar...

—¡Rayos! —De pronto, el centinela dijo algo ininteligible.

—Lo siento, no he tenido tiempo de aprender tu idioma —exclamó Allen.

Y golpeó al centinela con el cañón de su rifle, alcanzándole justo en la mandíbula.

Tosió dos veces. Frydia llegó a la carrera. A doscientos metros, en el pozo, reinaba una confusión indescriptible, ya que, por el momento, nadie sabía lo que había pasado.

Frydia llegó a la carrera.

—Esto resulta más fácil de lo que parecía —comentó.

—No te fíes. Lo que sucede es que nunca esperaron un ataque externo, pero si reaccionan adecuadamente, no lo pasaremos bien.

Mientras hablaba, Allen registraba el cuerpo del centinela caído. Encontró la llave y se puso en pie.

Instantes después, se hallaban en el interior de la cúpula. Había algunas lámparas encendidas y Allen se quedó absorto al contemplar el fabuloso espectáculo, jamás visto antes por ojos terrestres.

CAPITULO XV

La nave era inmensa. Media al menos cincuenta metros de diámetro por veinticinco de altura y era de forma lenticular, con una gran cabina transparente en la parte superior anterior. Un poco más abajo, se divisaba una larga hilera de lucernas circulares.

El aparato estaba casi apoyado en el suelo, sustentado por seis robustas patas, muy cortas y anchas en la base, a fin de conseguir un mejor apoyo. Había una puerta abierta en la curva inferior de la nave, a cinco o seis metros del suelo, a la que podía accederse por medio de una escalerilla de peldaños metálicos.

—Frydia, si el bloque de gravitonita mide solamente cinco metros de lado, ¿por qué una nave tan grande?

—Es necesario —contestó ella—. El generador de campos de fuerza no sólo debe ser enorme, sino que necesita una potencia de cientos de millones de kilovatios, con un amperaje relativamente bajo, en comparación a la energía que es capaz de desarrollar.

—Eso lo explica todo.

Allen encendió la mecha de la tercera carga. Trepó por la escalerilla, tendió el brazo hacia atrás y luego arrojó los explosivos al interior de la astronave.

—Es una lástima que sea preciso destrozar una cosa tan bella —se lamentó, al reunirse con la chica.

—No la destruirás totalmente, aunque sí causarás graves daños —contestó Frydia.

Echaron a correr. El edificio donde se albergaba la central de energía se hallaba a casi medio kilómetro de distancia.

Mucho antes de que llegasen, se oyó una sorda explosión. Parte de la cúpula saltó por los aires, con horribles crujidos.

Sonaron más gritos de alarma. Allen y Frydia se vieron obligados a esconderse detrás de un barracón.

Un grupo de cinco o seis hombres corría hacia el hangar destruido. Se oyó una voz femenina que chillaba rabiosamente.

—¡Qué genio tiene Annie! Y pensar que yo estuve a punto de casarme con ella —sonrió Allen.

—Nunca la había visto. Claro es que, posiblemente, salió de T-Kmon cuando era una niña. O quizá nació en la Tierra. Pero yo también soy del mismo planeta.

—Tú eres distinta, querida. Por cierto, me gustaría saber qué pretenden con la venta de T-Kmon. ¿Acaso van a conseguir más de lo que ya habían logrado en este planeta?

—Cuando en un hombre se despierta la ambición, todo le parece poco —contestó Frydia sentenciosamente.

—Sí, tienes razón. Bueno, parece que el terreno está despejado. Vamos a encender los últimos fuegos artificiales de la noche.

Allen echó a correr, sin darse cuenta de que Frydia se quedaba rezagada. Momentos más tarde, llegaba al edificio de la central de energía.

No había nadie ante la puerta. Allen sonrió.

—Estupendo. Esto facilitará las cosas —murmuró.

Abrió la puerta. El interior estaba a oscuras.

Dio dos pasos. Las luces se encendieron súbitamente.

—¡Cuidado, Frydia! —gritó.

Allen giró velozmente sobre sí mismo. Apenas un segundo después, tiró el fusil y levantó las manos.

—No sé qué hacer —dijo el hombre que le apuntaba con una pistola atómica—. Me dan ganas de permitir que explote la dinamita, atada a su cuerpo, por supuesto, aunque quizá haya otro medio más divertido de lanzarte al espacio, muchacho.

—Atado, quizá, a un bloque de gravitonita contrarrestada.

El individuo alzó las cejas, a la vez que sonreía abiertamente.

—¿Cómo lo has adivinado, ex futuro yerno? —preguntó Fergus Ferguson, de Ferguson, Ferguson, Smith y Cía., maquinaria en general.

—No soy telépata, pero sí medianamente listo —contestó el joven, con un suspiro—. ¿Cómo está usted, señor Sxynold?

—Furioso, como puedes comprender —respondió el t-kmonita.

* * *

Alguien entró de repente en el edificio.

—¡Papá, no hemos encontrado a...! ¡Pero si es Allen! —chilló Annie.

—A tu disposición, querida —respondió el joven, irónicamente.

Ella le dirigió una dura mirada.

—No te figuras lo certero de esa frase —contestó—. ¿Dónde está la otra?

Allen casi reparó entonces que Frydia no le había seguido.

—Lo ignoro —contestó.

—Anda por ahí —dijo Annie—. Pero no seguirá libre por mucho tiempo.

De pronto, se volvió un poco y, acercándose a una pared, tocó un interruptor y exclamó:

—¡Atención todo el mundo! Se interesa la captura de una joven de veinticinco años, alta y de pelo negro. Puede ser peligrosa, está armada. Si la ven, tiren a malar sin vacilar. Búsquenla todos, pronto, pronto.

Luego, Annie saltó a un lado y tocó varios interruptores más.

Decenas de potentes focos se encendieron, bañando el campamento por completo en una luz tan fuerte como si fuese de día.

Al terminar, se volvió hacia el prisionero.

—Ella no vivirá mucho más todavía —dijo complacidamente.

Allen se encogió de hombros.

—Cuando vinimos aquí, sabíamos el riesgo con que nos enfrentábamos —respondió, lacónicamente.

Annie lanzó una risita.

—¡Héroe! —se burló de él—. Pero ¿qué has conseguido con eso?

—Al menos sabemos dónde se han originado las catástrofes que han matado a miles de personas.

—¡Bah, miles de hormigas! —contestó ella, despectivamente.

—¿Era Ronnie Mac Adams también una hormiga?

Annie se puso seria.

—Fue una lástima, pero no me quedó otro remedio que acabar con él. Además, lo hice a tiempo.

—¿Por qué?

—Ronnie me había dado ya la lista de sus agentes.

—Los cuales, como es de suponer, han muerto ya.

—Exactamente.

—Pero también algunos de los tuyos han muerto. Ejemplo: el mayordomo.

—¡Pobre Jenkins! —suspiró Annie—. Pero, como tú has dicho antes, también sabía los graves riesgos con que se enfrentaría al venir a este planeta.

—Tú has nacido aquí, Annie.

Ella meneó la cabeza.

—No. Ni siquiera soy Annie Ferguson. Ni él —señaló al otro— es tampoco Fergus Ferguson.

Allen se quedó boquiabierto ante la revelación.

—Pero yo te conozco desde hace años... Y a tu padre...

—Annie, ¿por qué has tenido que decirlo? —preguntó el hombre que tenía toda la apariencia de Ferguson.

—¡Cállate! —exclamó la chica, imperativamente—. Has cometido algunos graves errores; el principal de ellos, no hacer vigilar más intensamente el perímetro del campamento. De este modo, nuestra operación sufrirá gravísimos retrasos.

—Algunas de las cosas que he hecho han sido realizadas bajo tus órdenes directas —contestó Ferguson.

—Basta ya —cortó Annie—. De todas formas —agregó, mirando al prisionero—, .poco importa ya que lo sepas todo. Vas a morir, ¿sabes?

—Y me jurabas amor eterno —se burló Allen.

Ella entornó los ojos.

—Te amaba, aunque no lo creas —respondió—. Incluso estaba dispuesta a llevarte conmigo, cuando abandonásemos la Tierra. Pero resultaste demasiado independiente.

—No me arrepiento de ello —dijo el joven—. Annie, o como quiera que te llames, tienes un genio de mil demonios.

—No lo puedo evitar —contestó ella fríamente.

—Hay una cosa que no he logrado entender del todo. ¿Cómo lograste reducirnos de tamaño?

—Pongamos... compresión molecular. Cuando este efecto cesa, el cuerpo, por descompresión, se gasifica unos instantes para recobrar en seguida su forma habitual. Pero tú escapaste de la botella.

Allen sonrió.

—Gracias a un afortunado olvido —dijo.

—¿Sí?

—Me olvidé devolverte el anillo que me habías regalado. Tenía diamantes, ¿sabes?

—Y el diamante corta el vidrio.

—Exacto.

—Pero esa sortija se había hecho pequeñísima...

—La compresión molecular, como tú la llamas, de cualquier objeto que yo lleve puesto cesa al quitarlo de encima. Así, por ejemplo, mi cazadora y la sortija. Esta recobró su tamaño normal y pude abrir un orificio en el vidrio de la botella.

—Eres un tipo astuto y yo también, a veces, cometo errores —admitió llanamente la joven—. Pero, en todo caso, éste ha sido el último.

—Vas a matarme.

—Te lo han dicho ya, ¿no es así?

Allen se volvió hacia el hombre.

—De modo que usted no es Ferguson —dijo.

—No, no lo soy, pero tengo toda su apariencia y conocimientos. Lo mismo que ella respecto de Annie.

—¿Qué fue de los auténticos Ferguson?

—Murieron hace años.

—¿También la señora Ferguson?

El hombre se echó a reír.

—No, pobre mujer. Ni siquiera se enteró de la sustitución.

—Comprendo. Supongo, señor Ferguson, y dispense que le llame así, porque desconozco su nombre auténtico y no me importa demasiado, supongo, repito, que el profesor Penwirth será también t-kmonita.

—¿Podría un terrestre abrir un pozo de ciento treinta y siete kilómetros de profundidad?

Allen suspiró.

—No, supongo que no —contestó—. Oigan, eso de vender un planeta les proporcionará saneados beneficios, me imagino.

—No nos quejaremos del producto de la venta —rió Annie—. Y ahora, querido, ¿quieres tenderte sobre esa tabla?

Allen miró hacia el lugar indicado. A unos pasos de distancia había una tabla de dos metros de largo por uno de ancho, aparentemente suspendida en el aire, a unos cuarenta centímetros del suelo.

—No tengo sueño —dijo.

—Dormirás muy pronto… ¡para siempre! —aseguró Annie, siniestramente.

—Vamos, obedece —gruñó Ferguson, a la vez que movía la pistola.

Allen le contempló fríamente.

—Es usted muy listo —dijo—. Seguramente adivinó que, después de haber volado el pozo y la nave, yo acabaría por venir aquí.

—Lógico, ¿no? —sonrió el individuo—. Haga lo que ella le ha ordenado.

—Esas palabras acaban de darme una idea —murmuró Allen, pensativamente—. Usted no es Sxynold, sino la mujer que representa el papel de Annie Ferguson.

—Exactamente —confirmó la aludida—. Aunque, a decir verdad, el nombre verdadero es Sxynoldia, pero suprimí las dos últimas letras, para provocar la confusión en nuestros adversarios.

—De este modo no sabrían que el auténtico jefe era una mujer.

Annie le miró casi con pena.

—Lástima —dijo—. Pudiste haber sido mi esposo…, el esposo de una reina del espacio.

—Prefiero seguir siendo un hombre decente.

—Pero no por mucho tiempo —concluyó Annie, tajante.

CAPITULO XVI

Ferguson movió la mano armada.

—Vamos, échese sobre la tabla. Basta ya de charla.

Allen avanzó un par de pasos. Lleno de curiosidad, se inclinó para ver lo que había debajo de la madera.

Divisó un bloque de mineral muy oscuro, mate, de unos cincuenta centímetros de largo por cuarenta de alto, envuelto en una finísima red de metal color cobre, que aparecía como fosforescente. Allen comprendió que el productor de superultraciclos estaba en pleno funcionamiento, lo que impedía el vuelo de la gravitonita al espacio.

Cuando la corriente fuese desconectada, el bloque saldría disparado, llevándole a él encima de la tabla. Miró hacia arriba y se preguntó si el techo resistiría el impacto.

—No se preocupe —rió Ferguson—. Volará directamente al espacio.

Se acercó a una pared, bajó un interruptor y parte del techo se deslizó a un lado, dejando libre una abertura de unos seis o siete metros de lado.

—De aquí, directo a... No lo sé, ni Annie ni yo sabemos hasta dónde llegará ese bloque. Pero supongo que tampoco importa mucho, ¿verdad?

—No, no importa.

Allen se tendió en la tabla. De pronto, al mirar hacia arriba, vio el rostro de Frydia, que estaba tumbada en el tejado.

El corazón saltó de júbilo dentro de su pecho. Ella le hizo una señal con la mano.

Allen se sentó.

—¡Túmbese! —gritó Ferguson.

En el mismo instante, Frydia caía de lo alto. Golpeó con los pies un extremo de la tabla y Allen salió disparado, empleando, además, su propio impulso, para alcanzar a Ferguson en el centro del pecho.

Ferguson lanzó un rugido y cayó desplomado. Annie emitió un agudo chillido de rabia.

Corrió hacia la pistola que se había desprendido de los dedos de Ferguson. Pero Allen fue más rápido y, agarrándola sin piedad por los cabellos, tiró de ella hacia atrás, lanzándola con enorme violencia a unos pasos de distancia. Annie trastabilló, giró sobre sí misma y acabó cayendo de bruces sobre el bloque de gravitonita.

Ferguson se levantaba en aquel momento. Allen disparó su puño derecho y él hombre salió disparado hacia atrás.

Su espalda chocó contra la pared. Allí había un interruptor.

De repente, se oyó un espantoso alarido.

Fue una visión rapidísima, de escasas fracciones de segundo.

Annie había caído sobre el bloque de gravitonita y, atontada parcialmente, yacía sobre él, apoyada con el pecho y el estómago.

El bloque salió disparado hacia arriba al cesar la corriente. Perneando frenéticamente, Annie se sintió arrastrada hacia el espacio.

Durante un segundo, su cuerpo fue visible a causa de las luces que iluminaban el campamento. Luego, se perdió en la oscuridad superior, junto con el alarido de pavor, provocado por el conocimiento de la horrible muerte que la esperaba.

El suelo tembló de repente con indescriptible violencia.

—¡Vámonos, Crash! —gritó Frydia.

Allen no se lo hizo repetir. Parte del techo se derrumbó estruendosamente. Salían chispas de las conducciones eléctricas.

En el campamento reinaba una gran confusión. A favor de la misma, los dos jóvenes consiguieron alcanzar la zona oscura, donde ya no podrían ser vistos.

Pero los temblores de tierra eran cada vez más frecuentes. Allen y la chica cayeron al suelo más de una vez, derribados por el movimiento de un terreno que se agitaba como las olas de un mar embravecido.

Súbitamente, se oyó un terrible estruendo.

Allen se volvió un instante.

—¡Se hunde el suelo! —gritó.

Faltos de energía, los reflectores habían dejado de funcionar. Pero, aun así, la luz de la luna era suficiente para contemplar la catástrofe en toda su extensión.

Una enorme sima se abrió en la hondonada, en medio de terribles estampidos que semejaban descargas de artillería, hechas por cañones de gran calibre. Largas grietas se abrían en todas direcciones, radialmente, y en ellas se hundían hombres, máquinas y herramientas.

Con gran dificultad, consiguieron ganar la cumbre de la colina. Allen se arrojó sobre la alfombra voladora.

—Aprisa, aprisa, Frydia.

La máquina se elevó en el aire. De pronto, se oyó una especie de rugido, que parecía salir de la garganta de una bestia apocalíptica.

Todo el suelo del campamento se hundió bruscamente. Hubo como una explosión y luego una colosal nube de polvo empezó a ascender lentamente a las alturas.

Al hacerse de día. Allen y Frydia contemplaron el espectáculo desde lugar seguro.

El campamento había desaparecido totalmente, con cuanto había sobre la superficie. Sólo quedaba un enorme embudo, semejante al cráter de un volcán apagado.

—¿Qué explicación daremos, Frydia? —preguntó Allen.

—Nosotros, ninguna. Alguien se encargará de hacerlo en nuestro

lugar. No nos creerían, ¿sabes?

—Pero... el hundimiento de esos edificios...

—Será achacado a causas naturales, a errores de cálculo del profesor Penwirth. Ten en cuenta que, si bien Penwirth, aunque aliado de Sxynold, actuaba al mismo tiempo como un científico terrestre, emitiendo informes regularmente sobre sus trabajos de perforación. Todo lo que no estaba relacionado con la gravitonita, era divulgado ampliamente, sin restricción alguna.

—Creo que comprendo —dijo él—. Pero no era Sxynold, sino Sxynoldia.

—Lo sé. Pude escucharlo desde el tejado.

—Buen escondite. Pero ¿cómo no me seguiste?

Frydia se echó a reír.

—Aunque no te lo creas, se me desató una sandalia y me detuve para sujetarla de nuevo. Tú entrabas ya en el edificio de la central de fuerza y vi cómo Ferguson te salía al paso. Entonces, decidí ayudarte y trepé al tejado.

—Te mereces un beso —exclamó él alegremente.

—No te quepa la menor duda.

Allen le dio el premio prometido. Luego dijo:

—Ahora comprendo por qué mi amigo Ted Calty rompió con Ferguson. Seguramente, alguna de las máquinas que le ordenó planear estaban destinadas a este campamento.

—Es muy probable —convino ella—. Bien —agregó, tras un hondo suspiro—, ahora vendrán grandes lamentaciones por la muerte de Penwirth y su equipo, pero ya no habrá más temblores de tierra.

—¿Habrá sido la gravitonita lo que provocó el hundimiento?

—Seguramente, puesto que la mayor parte del bloque continuaba todavía abajo y, al cesar los efectos neutralizadores, su fuerza de atracción actuó con toda su enorme potencia. Pero aquí ya no habrá más terremotos y T-Kmon no será vendido.

—¿A quién, Frydia?

Ella se volvió y le miró, sonriendo dulcemente. La alfombra volaba despacio. Una ligera brisa hacía ondear sus negros cabellos.

—Eso ya no nos importa, querido —contestó.

Allen la atrajo hacia su pecho.

—Tu suerte consistía en haber venido a este planeta —dijo.

F I N